

ANTONIO PASO Y ANTONIO PASO (hijo)

LA SOPA BOBA

14

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS

LA SOPA BOBA



LOS AUTORES



ANTONIO PASO



ANTONIO PASO (HIJO)

ANTONIO PASO
Y ANTONIO PASO (HIJO)

LA SOPA BOBA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el teatro de la Comedia,
de Madrid, el día 25 de octubre de 1927.



LA FARSA
ÑO I ※ 19 DE NOVIEMBRE DE 1927 ※ NUM. 10
MADRID

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FUENCISLA	Sra.	Muro.
JACOBA	»	Mayor.
MARINA	Srta.	Sampedro.
LUCIA	»	G. Ferrer.
ROSA	»	Carmona.
CASILDA	»	Villegas.
AMA	Sra.	Bañares.
ANGEL	Sr.	Ortas.
ANICETO	»	Zorrilla.
JESUS	»	Pedrote.
FIDELIO	»	Azaña.
EUSEBIO	»	Manzano.
SISENANDO	»	Riquelme.
PONTEJOS	»	Lozano.
EL RAPIDO	»	Tobías.
MONSIEUR ROQUEFORT	»	Aliman.
UN MOZO	»	Amis.

Epoca actual.



Una tienda-despacho de la fábrica de galletas y pastas para sopas que posee el probo y honrado comerciante don Aniceto Perdigón. Puerta de entrada al foro y escaparates a ambos lados de dicha puerta; en la lateral izquierda mostrador, con peso, etcétera, etc. Y detrás gran anaquelería con paquetes y cajones de diferentes sopas; latas de galletas, etc. Primera, derecha, puerta que comunica con las habitaciones de la casa.

(Al levantarse el telón están en escena FIDELIO, *joven dependiente, que tendrá puesto un blusón de esos color cake. Está detrás del mostrador y por fuera* TÍO RÁPIDO, *de unos cincuenta años, tipo de paleto, que lleva unas grandes alforjas al hombro. En el mostrador habrá varios paquetes.)*

TÍO RÁPIDO.—Güeno... ¿De móo que no se me olvida ná?

FIDELIO. *(Señalándole los paquetes.)*—Nada. Aquí tiene usted, los paquetes de sopa, y estas son las galletas.

TÍO RÁPIDO. *(Dudando y sacando un librito.)*—¿Quiés hacerme el favor de leer por si acaso me dejo algo?

FIDELIO.—Con mucho gusto. *(Leyendo.)* "Sopas: los macarrones del alcalde."

TÍO RÁPIDO.—Que van.

FIDELIO.—"El cabello del barbero y los perdigones del señor cura."

TÍO RÁPIDO.—Al pelo.

FIDELIO. *(Leyendo.)*—"Galletas: las "Marías" del médico, el coco de su mujer y la vainilla de su hija."

TÍO RÁPIDO.—Esa chica cá día es más remilgá. No come

más que chucherías... Así está ella, que el día que sopla un poco el aire la tién que atar al balcón.

FIDELIO.—¿Y qué tal por Majadahonda?

TÍO RÁPIDO.—Mucha calor.

FIDELIO.—¿Sí, eh?

TÍO RÁPIDO.—Mucha calor y mucha pejiguería: no hay día que no lleve un encargo que no les parezca equivocao, y luego tó se les vuelve: tío Rápido, que no se le olvide esto... Tío Rápido, que me hagasté bien lo otro... Te digo que es una lata. *(Empieza a coger los paquetes y a meterlos en las alforjas.)*

FIDELIO.—Oiga, una curiosidad. ¿Por qué le llaman a usted tío Rápido?

TÍO RÁPIDO.—Porque voy y vengo tós los días a Madrid por los encargos.

FIDELIO.—¡Ah, vamos! ¿Es usted un ordinario?

TÍO RÁPIDO.—Como me faltes te doy con los macarrones en las narices.

FIDELIO.—He querido decir que es usted un demandadero.

TÍO RÁPIDO.—De tó hay que hacer por los garbanzos. En fin, voy a poner tó esto encima de Cagancho.

FIDELIO.—¿Pero se ha traído usted al fenómeno?

TÍO RÁPIDO.—Naturalmente: o es que crees que me voy a golver cargao y a pie. El burro no se separa de mi lao. *(Por el foro entra* ROSITA, *criada, pizpireta, madrileña, guapa.)*

ROSA. *(Entrando.)*—Buenos días.

FIDELIO.—Hola, Rosita.

TÍO RÁPIDO.—¡Vaya una chica! Rosita se tenía que llamar. ¡Huele hasta perfume!

ROSA.—¡Miren el abuelo! ¡Aún se le alegran las niñas!

TÍO RÁPIDO.—Es que son de una familia muy retozona.

ROSA.—¿De veras?

FIDELIO.—Vamos, tío Rápido, que se le va a hacer tarde.

ROSA.—¡Uy, tío Rápido! Tenga usted cuidao no vaya a descarrilar.

TÍO RÁPIDO.—Sabe osté lo que le digo..., que Rápido y tó, cuando encuentro una chica como osté hago pará y fonda.

ROSA. *(A Fidelio.)*—¿Eh? ¿Qué te parece?

FIDELIO.—Que está jocoso.

TÍO RÁPIDO.—Güeno, me voy, porque si no estoy viendo que suelto una burrá.

FIDELIO.—Eso se la dice usted al oído a Cagancho, que la agradecerá.

TÍO RÁPIDO.—No creas tú, que sí que me entiende... Vaya, hasta mañana.

FIDELIO.—Adiós. *(Tío Rápido hace mutis por el foro.)* ¿Y tú qué quieres?

ROSA. *(Dándole un papel.)*—Esto.

FIDELIO *(Leyendo.)*—"Vale por dos kilos de sopa de pasta a elegir."

ROSA.—Me vas a dar letras.

FIDELIO. *(Continúa leyendo.)*—"Y otros dos kilos de galletas "Paciencia". Madrid, 28 de junio. Angel Cabello." ¡Mi madre! Ya es el quinto vale que viene esta mañana de don Angel.

ROSA.—¿El quinto?

FIDELIO.—Como lo oyes. Este don Angel se está jugando la manutención y la vivienda a cara y a cruz. Eso de que pague tóas sus conquistas con vales de sopa...

ROSA.—Oye, tú, que a mí don Angel...

FIDELIO.—No, si yo a ti no te digo nada; pero yo me entiendo y bailo en la soledad. Vale que llega, mujer que ha lesionao.

ROSA.—Es que una cosa es que una oiga las cuatro chirigotas que la dice a una y otra cosa es...

FIDELIO.—Venir con un vale de sopa. Comprendido. Pues te advierto que como a don Aniceto, su cuñado y dueño de esta fábrica se le suba a la cabeza el humor herpético que tiene en las piernas, el día menos pensao lo coge de la tirilla de la camisa y lo planta de patitas en la calle.

ROSA.—¡Chico, pues haría una atrocidad! Porque don Angel es la mar de simpático, y luego tié una labia...

FIDELIO.—¡Ya salió aquello!

ROSA.—Y como gracioso, es que se le cae la sal a puñaos.

FIDELIO.—Eso díselo a la señora de don Aniceto, que es su hermana y está con él; que le pide la luna y se la trae con armario ropero y tó. Como que gracias a ella no le ha echao ya el amo más de cuatro veces.

ROSA.—Es que tu amo tié un genio...

FIDELIO.—Mi amo es una persona muy recta y muy formal; tó lo contrario de su cuñao, que es un tarambana.

ROSA.—Pero muy gracioso.

FIDELIO.—¡Y dale! Pero, señor, un hombre que pasa de los cuarenta, sin línea, sin elegancia... ¿Pero en qué pensarán las mujeres?

ROSA.—Ahí ves tú.

FIDELIO. *(Contoneándose.)*—Habiendo tanto joven con más línea que la Compañía del Norte y con más elegancia que una función de gala en el Real...

ROSA.—¡Vamos, quita! Los pollos de hoy no valéis pa ná.

FIDELIO.—Rosa, no ofendas, que hay cosas que no se puén demostrar en el momento.

ROSA.—¿Pero cuándo te se va a ocurrir a ti decirme lo que me dijo don Angel la otra tarde?

FIDELIO.—Alguna tontería.

ROSA.—¡Sí, tontería! Una fineza de lo más fino. Me encontró en el portal y me dijo: "Prenda, es usté lo mismo que la banda municipal: armónica y madrileña."

FIDELIO.—¿Y eso es un piropo? Yo sé uno que no se lo digo a él hasta que saque patente.

ROSA.—¿Tú?

FIDELIO.—Yo, sí; fíjate: "Negra, por una mirada de usted dormía yo la siesta con el oso del Retiro." ¿Eh, qué tal?

ROSA.—Eso no es un piropo; eso es una temeridad. Y anda, despáchame, que tengo prisa.

FIDELIO.—¿Cómo quiés las letras, variadas o de una inicial sólo?

ROSA.—Como quieras. Son pa mandárselas a mi padre, que está en Calatorao.

FIDELIO.—Entonces, te pondré jotas. *(La despacha.)* Y ahora te voy a dar las "paciencias".

ROSA.—¿No estarán duras?

FIDELIO.—Duras..., duras..., lo que se dice duras...; pero por si acaso no le des a nadie con el paquete en la nuca, porque te buscas una perpetua.

ROSA.—Bueno, trae y no tengas más guasa.

FIDELIO. *(Dándoselo.)*—Anda con Dios, mujer, y cuidao con los valecitos.

ROSA. *(Haciendo mutis.)*—Adiós.

FIDELIO. *(Apoyado en la caja de lata de las "paciencias".)*—Ná, está visto que este don Angel no tiene enmienda; y el día que se le acabe al amo la paciencia, que me parece que se le ha acabao... *(fijándose en la lata)*, y tanto que se le ha acabao... Las últimas se las ha llevao esa... *(Por la lateral derecha sale* ANICETO, *dueño del establecimiento, hombre serio y rígido, seguido de doña* JACOBA, *su mujer. Ambos salen discutiendo.)*

ANICETO.—¡Te digo que no puede ser, no puede ser y no puede ser!

JACOBA.—Pero, Aniceto, por santas Rufa y Cristina...

ANICETO.—¡Ni por todo el calendario! Ese proceder de tu hermano es incalificable.

JACOBA.—No seas tan severo, Aniceto. Mi hermano Angel no es malo; todas sus "trastadas" son travesuras de chiquillo.

ANICETO.—¿De chiquillo? ¿A que va a haber que comprarle un Mecano?

JACOBA.—Tanto como eso...

ANICETO.—Mira, Jacoba, no me discutas porque me sacas de quicio. ¿Te parecen travesuras de chiquillo el que mande aquí a esta casa, que es más seria que una peritonitis, a todas sus conquistas con vales de sopa y galletas? ¿Es que le voy a pagar yo sus devaneos amorosos?

FIDELIO.—Y que en lo que va de mañana ya han venido cinco.

ANICETO. *(Indignado.)*—¿Lo oyes? ¡Cinco! ¡Cinco vales!

FIDELIO.—Y la que menos se ha llevao tres kilos de fideos cabello.

ANICETO.—¿Lo oyes? ¡De fideos cabello! ¡Esto es tomarme el pelo!

JACOBA.—Pues a mí me parece una ingeniosidad. Angel ha tenido mucha gracia toda la vida.

ANICETO.—Pues esa gracia le va a costar salir de aquí.

JACOBA.—Harás mal. Ya sabes que Angel es el menor de los hermanos y al morir mi padre no tuvo otros brazos que lo acogieran maternalmente que los míos. Además, acuérdate cómo vino el pobre a esta casa... ¡Con el día y la noche!

ANICETO.—Con el día y la noche, y con una tajada que le seguían los perros ladrándole.

JACOBA.—¡Pero qué gracioso estaba!

ANICETO. *(Burlándose.)*—Graciosísimo.

FIDELIO.—No, algunos golpes sí que tiene.

ANICETO. *(Con intención.)*—¡Y los que va a tener!

FIDELIO. *(Conteniendo la risa.)*—La otra mañana, cuando yo abría la tienda, se presentó a medios pelos con la teja de un cura en la cabeza y en la mano un grifo de una cocina. *(Se parte de risa.)*

JACOBA. *(Riendo también.)*—¡Ay, que me troncho! *(Aniceto los mira como si quisiera matarlos con la mirada.)*

FIDELIO.—Y al preguntarle yo que de dónde venía, me respondió, enseñándome el grifo y señalándose a la cabeza: "De la Fuente de la Teja". *(Ríe a todo trapo.)*

JACOBA. *(Casi poniéndose mala de risa.)*—¡Ay, yo me muero!

ANICETO.—¡Vaya! Por lo visto yo no sabía que mi cuñado es Pompoff o Teddy.

FIDELIO.—Es pa mondarse, don Aniceto.

ANICETO. *(Dando un puñetazo sobre el mostrador.)*—¡Ea, pues no! ¡No tiene gracia; y si yo le veo entrar de esa manera le quito el grifo y le doy con él en la teja, y no es gotera la que le hago! Y esto sí que hubiera tenido gracia.

JACOBA.—¿Y hubieras sido capaz de pegarle?

ANICETO.—Mira, Jacoba; estoy en una tesitura que he decidido no pasar de aquí. En cuanto llegue tu hermano,

si es que no llega bebido como acostumbra, voy a tener con él una entrevista muy seria para que decida: o cambia de vida radicalmente o sale para siempre de esta casa. Mi crédito y mi personalidad no pueden estar a merced del primer chisgarabís que haga gracia a cuatro idiotas.

JACOBA. *(Ofendida.)*—¡Oye, Aniceto...!

FIDELIO. *(Idem.)*—Don Aniceto...

ANICETO.—Nada, nada; está decidido. *(Paseándose malhumorado.)* ¡Pues hombre, no faltaba más! *(Por la lateral derecha sale* MARINA, *mecanógrafa, joven, bonita. Saca una carta pliego comercial en la mano.)*

MARINA.—Con permiso de ustedes: don Aniceto.

ANICETO.—¿Qué quiere usted?

MARINA.—Que vea usted si está bien esta carta que me mandó poner.

ANICETO.—Ah, sí... Haga el favor de leérmela.

MARINA. *(Leyendo.)*—"Hay un membrete que dice: "La sopa boba". Gran fábrica de pastas y galletas de todas clases; Magdalena, 3 duplicado. Tenemos fideos muy finos; también los hay con menos educación." *(Jacoba y Fidelio sueltan a reír.)*

ANICETO.—¿Eh, qué es eso? ¿Quién ha mandado poner eso?

MARINA.—Don Angel; cuando se timbró papel nuevo añadió esa coletilla.

JACOBA.—¡Es que tiene unos golpes!

ANICETO. *(Echándole a Jacoba una mirada de odio.)*—Bueno; siga usted.

MARINA. *(Leyendo.)*—"Señores hermanos Carrillo: Muy señores míos: por este mismo correo tengo el gusto de remitirles en gran velocidad el pedido que hicieron y que a continuación se expresa: diez y seis kilos de galletas "María"; doce de bizcochos soletilla, y noventa y cuatro kilos de diferentes clases de sopas."

ANICETO.—¡Hay que ver lo que comen estos Carrillos!

MARINA. *(Leyendo.)*—"Acompaño talón a porte debido, y esperando sus órdenes, me ofrezco suyo afectísimo seguro servidor, que su mano besa." Y la estampilla.

ANICETO.—Está bien.

MARINA.—¿Manda usted algo más?

ANICETO.—No; es decir, sí... Marina, ¿me quiere explicar qué le pasaba a usted anteanoche, que en la puerta de su cuarto daba unas carcajadas enormes?

MARINA.—Dispénseme, don Aniceto; pero es que me estaba contando un cuento don Angel, ¡y como es tan gracioso!

ANICETO.—¿Otra?

JACOBA. *(Con mucho interés.)*—¿Y qué le decía? ¿Qué le decía?

MARINA. *(Empezando a reír.)*—Pues me decía...

ANICETO.—Basta. No nos interesa lo que le decía a usted mi cuñado...

MARINA.—Es que como la señora me preguntó...

ANICETO.—La señora no tiene por qué preguntar a usted nada.

JACOBA.—¡Ay, hijo: eres más arisco que un cardo! Pues seguramente sería una cosa con muchísima gracia, porque cuando Marina se ríe de ese modo...

ANICETO.—Marina se ríe con cualquier imbecilidad.

MARINA.—Perdone usted, don Aniceto; pero...

ANICETO. *(En el colmo del furor.)*—¡No hay pero que valga! Aquí se han acabado las gracias. Aquí han terminado los chistosos. ¡No quiero más risas! ¿Han oído ustedes? Esto es una fábrica de fideos, y no la pista del Circo de Price. Cada uno a su obligación. Y al que le oiga soltar la carcajada, por lo que sea, le planto en la calle... Pues hombre... *(Dentro se oye a Lucía reír estrepitosamente. Todos se miran, conteniendo la risa.)* ¡Eh! *(Por la derecha sale* LUCÍA, *criada de la casa, también joven.)*

ANICETO.—¡Lucía!

LUCÍA.—Mande el señor.

ANICETO.—¿Quieres hacer el favor de explicarme por qué te ríes de esa manera tan escandalosa?

LUCÍA.—¡Ay, perdone el señor! Pero es que me estaba acordando de un colmo que me dijo anoche el señorito Angel, que ¡vamos, es para troncharse!

ANICETO.—¡Pa troncharte tú o pa trancharle a él?

JACOBA.—Será una cosa ingeniosísima, como si lo viera.

LUCÍA.—Perdone la señora que me la calle.

ANICETO.—Naturalmente; se tratará de alguna burrada.

LUCÍA.—No, señor; no. Es que es un chiste sobre el señor.

ANICETO.—¿Sobre mí?

FIDELIO. *(Aparte.)*—¡Azúcar!

JACOBA.—¡Entonces, cállalo!

ANICETO.—De ninguna manera. Ahora es cuando quiero que lo diga.

LUCÍA. *(Titubeando.)*—Es que...

ANICETO.—O lo dices, o te doy la cuenta.

LUCÍA.—Si el señor lo manda... Pero conste que yo no quería decirlo.

JACOBA.—Suavízalo lo que puedas.

ANICETO. *(Autoritario.)*—Con azúcar es peor; dilo tal como te lo dijo.

LUCÍA.—Pues me dijo... que en qué se diferenciaba el señor de un entierro de tercera. *(Ríen los otros.)*

ANICETO. *(Asombrado.)*—¿Que en qué me diferencio yo de un entierro de tercera?... ¡Qué cosa más absurda!

JACOBA. *(Muy alegre.)*—¡Debe ser graciosísimo!

ANICETO.—A ver, dilo; que estoy ya impaciente.

LUCÍA—Pues... en que el entierro de tercera tiene dos caballos... *(Ríen los demás.)*

ANICETO.—¿Y yo?...

LUCÍA.—Usted no tiene más que una mula, que es su señora. *(Fidelio y Marina ahogan una carcajada; a Jacoba se le pone la cara de un metro de larga.)*

ANICETO. *(A Jacoba.)*—¿Ves? Eso sí tiene gracia, muchísima gracia.

JACOBA. *(Reprimiéndose.)*—Pues, sí señor que la tiene.

ANICETO.—¡¡Eh!!

JACOBA.—Aunque me haya insultado a mí; porque yo pongo el colmo en otro matrimonio, y me mondo.

ANICETO.—Bueno, es el colmo: aun insultándola le hace gracia el hermano.

MARINA.—¡Es que tiene un ángel!...

LUCÍA.—¡Y un aquél!...

ANICETO.—Pues ni ángel, ni aquél, ni éste. He dicho que hoy mismo resuelvo la situación, y la resuelvo. Y no hablemos más, que se me hace tarde para ir a la estación.

JACOBA.—Tendremos que coger un taxi, porque si llega mi sobrina y no nos ve...

ANICETO.—Cogeremos lo que sea. *(Cogiendo su sombrero.)* Anda, ponte el sombrero y vamos... *(Jacoba se pone el sombrero.)* Tú *(a Fidelio)*, cuidado con lo que haces, y si viene otro vale de ese humorista, echas a patadas a la portadora.

FIDELIO.—Descuide usted.

ANICETO. *(A Lucía y a Marina.)*—Y ustedes, a su obligación. *(A Jacoba.)* Cuando quieras.

JACOBA.—Vamos. *(Hacen mutis por el foro.)*

FIDELIO. *(A ellas.)*—No, la verdad es que don Aniceto tiene una gran parte de razón en ponerse así, porque hay que ver las cosas que le hace el cuñadito.

LUCÍA.—Pero es que se las hace con una gracia...

MARINA.—A mí, siempre que me cuenta algo, me pone mala.

LUCÍA.—¡Lástima que no sea el amo! Porque con un hombre así da gusto estar.

FIDELIO. Si fuera el amo, ¡dónde estaría ya la fábrica! Ahora que, es lo que vosotras diríais: "en casa no comemos, pero nos reímos más..."

MARINA.—Bueno; voy a acabar de contestar la correspondencia.

LUCÍA.—Y yo, a lo mío.

FIDELIO.—Andar con Dios. *(Lucía y Marina hacen mutis por la derecha. Fidelio se pone a ordenar las cajas, paquetes, etc., etc. Por la puerta del foro asoma la cabeza* ANGEL; *viene en mangas de camisa y sin sombrero.)*

ANGEL. *(Llamando.)*—¡Chist! ¡Chist! Fidelio...

FIDELIO.—¿Eh? ¿Es usted, don Angel?

ANGEL.—El mismo, que viste a la ligera, como ves. Anda, sácame una americana y un sombrero de mi cuñado, que si no, no puedo entrar.

FIDELIO.—Pero ¿qué le sucede a usted?

ANGEL.—¿Pues no lo ves? Que vengo en mangas de camisa. Anda, date prisa; no sea que salgan y...

FIDELIO.—Puede usted pasar sin miedo. Su cuñado y su hermana se acaban de ir a la estación a esperar a la sobrina.

ANGEL.—¡Respiro! *(Entra. Viene, efectivamente, en mangas de camisa. Es un hombre cuarentón, dicharachero y alegre.)*

FIDELIO.—Pero ¿de dónde viene usted así?

ANGEL.—De Viena.

FIDELIO.—¿De los disturbios?

ANGEL.—De la panadería. Ha sido mi último baluarte, después de una noche de libertinaje y escándalo; allí he terminado esta mañana, desayunándome con una magdalena y una copita de Jerez.

FIDELIO.—¿Y dónde se ha dejado usted la americana y el sombrero?

ANGEL.—El sombrero, en la carretera. Veníamos en un auto, de la Cuesta, y se lo llevó el viento.

FIDELIO.—¿Y la americana?

ANGEL.—La americana, en el monte.

FIDELIO.—¿También se la llevó el viento?

ANGEL.—Se la llevó un amigo mío, para ayudar a pagar la cuenta que habíamos hecho en Villa-Rosa. ¡Qué de chatos! Con decirte que a última hora bebíamos la manzanilla en palanganas...

FIDELIO.—¡Qué atrocidad!

ANGEL.—Bueno, agarré una toquilla, que era un mantón de flecos. A mi lado había dos cantaoras de flamenco, una "rubia" y otra "castaña", que con mis ocurrencias, excuso decirte.

FIDELIO.—¿Las traería usted locas?

ANGEL.—¡Calla, hombre! De cantaor teníamos al "Barriento", y de tocaor, al "Manitas de Platino".

FIDELIO.—¿Ese que dicen que cuando toca hace llorar a la prima?

ANGEL.—A la prima y a toda la familia. Habíamos pedido una fuente de jamón serrano, cuando se arranca cantando aquello de

"Me voy a dir a una fuente,
por ver si esta pena mía
se la lleva la corriente."

Y lo que quería llevarse era la fuente de jamón serrano.

FIDELIO.—¿Tenía gallinas?

ANGEL.—¿Gallinas? Que si no le atamos las manos, acaba con todos los cerdos de Trévelez. Como comprenderás, yo me indigné y, quitándole la guitarra, le di con tal fuerza, que todavía le deben estar sacando clavijas de la cabeza. Excuso decirte el escándalo que se armó: las mujeres se desmayaron; otro amigo y yo repartimos tortazos a diestro y siniestro, y el señor que pagaba era el que cobraba.

FIDELIO.—Como siempre.

ANGEL.—Claro. Apagaron la luz, de un silletazo, y el pobre que estaba en el centro del reservao recibió una de bofetadas, que a la salida se pesó en una botica, y había aumentado tres kilos.

FIDELIO.—¿Tres kilos?

ANGEL.—Tres kilos, que vienen a ser unas cuarenta chuletas. Tenía la cara que era un dirigible. Total: que yo salí corriendo, perseguido por el tocaor, y aquí me tienes.

FIDELIO.—A propósito de persecuciones. ¿Sabe usted quién ha estado aquí a buscarle?

ANGEL.—Vete a saber. Alguna dama.

FIDELIO.—Sí, dama. ¡Don Jesús!

ANGEL. *(Asustado.)*—¡Atiza!

FIDELIO.—¿Que si atiza? Venía dispuesto a partirle a usted el cráneo con una llave inglesa.

ANGEL.—¿Con una llave? ¡Pero ese tío es un cerrojo!

FIDELIO.—Me ha dicho que si no le paga usted antes de veinticuatro horas las dos letras de seiscientas pesetas cada una, que vaya usted haciendo testamento.

ANGEL.—Entonces, hasta luego.

FIDELIO.—¿Dónde va usted?

ANGEL.—A casa del notario, porque no sé de dónde voy a sacar esas mil doscientas beatas.

FIDELIO.—¿Y su hermana?

ANGEL.—A Jacoba la tengo dados más sablazos que un campeonato de esgrima; pero sablazos pequeños, heridas

leves. Pero una cantidad así no podría dármela, sin que su marido se enterase, y no quiero decirte la que se armaría.

FIDELIO.—Pues don Jesús ha venido con los pantalones de montar.

ANGEL.—Pues como no cobre en el Hipódromo...

FIDELIO.—Además, me ha dicho que lo que más le duele no es que no le pague usted, sino encima que vaya por ahí poniéndole motes; motes que la gente se tumba de risa, por ser usted el autor, pero que a él le hacen muy poca gracia.

ANGEL.—Como que cada día se me ocurre uno nuevo. *(Riendo un poco.)* ¿Cómo dirás que se me ocurrió llamarle el otro día?

FIDELIO.—¿Cómo? ¿Cómo? *(Ya empezando a reír.)*

ANGEL.—Como sabes que le tienen prohibido salir los domingos, le he puesto "El Noticiero del Lunes". *(Se ríe.)*

FIDELIO. *(Riendo.)*—¡Ay, que me parto!

ANGEL. *(Idem.)*—Es pa revolcarse. *(En el mismo momento en que los dos están negros de risa entra por el foro* don JESÚS. *Es completamente chato y entre ceja y ceja tiene un antojo que semeja una aceituna.)*

JESÚS.—¿Están ustedes viendo una película de Charlot?

FIDELIO. *(Cesando de reír y con terror.)*—¡Don Jesús!

ANGEL.—¡El de la llave!

JESÚS.—No, por mí, pueden ustedes seguir carcajeándose hasta que les duelan las meninges.

FIDELIO.—No, si nos reíamos de...

JESÚS.—De mí, como si lo viera. Pero me es impermeable. Todas las gracias que hace "Don Nicanor" *(por Angel)*, me producen el mismo efecto que un melodrama de Rambal: lagrimeo, me limpio y a otra cosa.

ANGEL.—¡Hombre, don Jesús!

JESÚS.—Ni media palabra. Usted lo que tiene que hacer es apoquinarme lo que me adeuda, o, de lo contrario, le van a sacar todo el serrín que tiene en su pelota en la policlínica más cercana.

ANGEL.—¡Eso de serrín!...

JESÚS.—Humorista que también es uno.

ANGEL.—Y a propósito del humorismo, y usted perdone, ¿me quiere usted decir qué es esa mancha que lleva entre ceja y ceja?

JESÚS—Una aceituna.

FIDELIO. *(Extrañado.)*—¡Una aceituna!

JESÚS.—Un antojo de mi señora madre.

ANGEL.—¿Y, por lo visto, se le antojó aliñada? *(Fidelio y Angel van a soltar el trapo y se contienen ante la mirada de Jesús.)*

FIDELIO. *(Disimulando.)*—¿Y no hay manera de quitárselo?

JESÚS.—A mí no hay quien me quite lo que se me pone entre ceja y ceja, y se me ha puesto patearle a usted la cabeza; conque calcule...

ANGEL.—Considere usted, don Jesús...

JESÚS.—Y aquí no le doy con la llave inglesa porque está usted en su casa y no quiero presenciar escenas familiares; pero como lo coja en la calle, la nariz se la van a tener que sujetar con un automático. Es otro antojo.

ANGEL.—Claro. Y como a usted los antojos se le meten entre ceja y ceja...

FIDELIO.—¡Ah, ah, ah! *(Va a reirse y se contiene.)*

JESÚS.—No se ría el pollo, que le rompo un alón.

FIDELIO. *(Apartándose.)*—¡Rebotín!

JESÚS.—Conque, lo dicho: aquí no le saco a usted los sesos porque es un establecimiento de sopas y no una casquería. Pero en la vía pública le espero, y, o me he cobrado antes de veinticuatro horas, o mañana está usted con más puntos que una media barata. Que no se le olvide. Adiós.

ANGEL.—Adiós, treinta céntimos.

JESÚS. *(Volviéndose.)*—¿Cómo treinta céntimos?

ANGEL.—Claro: es usted un chato con aceituna.

FIDELIO.—¡Ay, ay! *(Sujetando la risa, se va detrás del mostrador.)*

JESÚS.—¡Maldita sea! *(Angel huye hacia la derecha. Fidelio, no pudiendo contenerse, suelta una carcajada al mismo tiempo que se esconde debajo del mostrador. Jesús descarga un palo sobre el mostrador.)* Bueno; esta rechifla sirve pa aumentar el castigo que le tengo reservao. ¡Por estas! *(Mutis por el foro.)*

ANGEL. *(Asomando.)*—Tú, sal, que ya se ha ido.

FIDELIO. *(Saliendo de debajo del mostrador.)*—¡Ay, mis riñones! ¡Entre la risa y la postura!...

ANGEL.—¿Te has fijao qué golpe?

FIDELIO.—¿El que ha dao en el mostrador?

ANGEL.—El del chato con tapa.

FIDELIO.—No lo repita usted, que me muero. *(Por el foro entra un* AMA *de cría con un niño en los brazos. Es joven, guapa y llena. Habla con un ligero acento montañés.)*

AMA.—Buenos días.

FIDELIO.—Buenísimos.

ANGEL.—¡Mi madre, qué ama!

FIDELIO.—¿Qué deseaba?

ANGEL.—Quítate tú, que yo la despacharé.

FIDELIO.—¿Pero...?

ANGEL. *(Aparte, a él.)*—Que me des tu blusa, que aquí hay asunto.

AMA.—Bueno, pero ¿me despachan o no?

ANGEL. *(Poniéndose la blusa de Fidelio, que le estará cortísima de cuerpo y de mangas.)*—Enseguidita; no faltaba más.

AMA.—¿Qué dice?

ANGEL.—Que no faltaba más que metro y medio, y esta blusa me caía de primera. ¿Qué es lo que quieres, belleza suiza?

AMA.—¡Cuidadito con insultar, que yo soy de Astorga!

ANGEL.—¿De Astorga? Pues estás como para quitarte el papel y... comerte.

AMA. *(Ya más benévola.)*—¿De veras?

FIDEL. *(Aparte a Angel.)*—Duro, que es usted el amo.

ANGEL.—Como que en cuanto te he visto entrar por esa puerta me ha extrañado que, siendo tan joven, seas ya ama.

AMA.—¡Debilidades que tiene una!

ANGEL.—Tú tendrás debilidad, pero el niño... con ese restaurant de dos huecos... debe estar harto.

AMA. *(Zalamera.)*—¡Vamos, calle!

ANGEL.—Y que, por lo que se deduce, todo es natural.

AMA.—Todo.

ANGEL.—Todo, menos el niño. *(Acariciando al niño.)* Y es mono. ¿Cómo te llamas, monín?

AMA.—Simeón.

ANGEL.—¡Huy! ¡Simeoncito! *(Le vuelve a hacer otra caricia y el chico rompe a llorar como un becerro.)*

AMA.—No, nenín, no...

ANGEL.—Calla, bonita, calla. *(Llora más fuerte.)* ¡Caray con el Simeón!

FIDELIO.—¿Le doy una galleta, a ver si chupando...?

ANGEL.—Sí, anda; dásela.

FIDELIO.—Toma, rico.

AMA. *(Cogiendo la galleta.)*—Anda, Simeón: chupa, cielo... *(El niño sigue llorando.)* ¿La quieres?... ¿No la quieres? Mira que se la doy a este joven. *(Por Fidelio.)*

ANGEL.—Querrá el pecho.

AMA.—Tetita, ¿quieres tetita? *(Figura que la va a sacar y el niño sigue llorando.)* ¿La quieres? ¿No la quieres? Mira que se la doy a este señor. *(Por Angel.)*

ANGEL.—¿A mí? No me lo harás bueno.

AMA.—Cuando se pone así, hay que dejarlo por imposible.

ANGEL.—Anda, Fidelio; hazme el favor, hombre: pasea un rato, mientras yo despacho aquí a la astorgana.

FIDELIO.—¡Yo!

ANGEL.—Sí, hombre; a ver si así se calla.

FIDELIO. *(Resignado.)*—Bueno. Deme usted a Simeón. *(Cogiéndolo.)* ¡Ea! ¡Ea! Calla, rico... ¡Mi madre, qué voz! Este niño es Fleta.

AMA.—Su padre es de la "claque" del Real.

FIDELIO.—Ya decía yo.

ANGEL.—Anda, sácalo y dale un paseo por la calle, porque aquí nos va a volver locos.

FIDELIO.—¿También eso? *(Aparte.)* Este lo que quiere es quedarse solo con el ama. *(Alto.)* Bueno, lo pasearé por la puerta.

ANGEL.—Y si no calla, le compras un sonajero en los Cuatro Caminos. Coge del cajón pa el Metro.

FIDELIO.—¡Vamos, hombre! *(Saliendo con el niño.)* Calla, mono, calla. ¡Por el amor de Dios! *(Se le ve pasear por el foro desesperadamente, y siempre que llega a la puerta se le oye decir: "Por el amor de Dios.")*

AMA.—Bueno. ¿Me despacha o no me despacha?

ANGEL.—Yo qué te voy a despachar, si a tu lado estoy más a gusto que en un coche-cama.

AMA.—No, lo que es labia no le falta a usted.

ANGEL.—A mí lo que me falta es que tú me llevases en brazos al Retiro, y cada vez que cogiese una perra de esas que coge Simeón, me dieses un beso pa callarme; verías un tío cogiendo perras; ni un lacero.

AMA.—Bueno, bueno. Que se me hace tarde.

ANGEL.—¿Qué quieres?

AMA.—Un kilo de fideos de monja.

ANGEL.—¿Son católicos en tu casa?

AMA.—Son ansiosos. Y tres cuartos de kilo de galletas María.

ANGEL. *(Cogiendo todo a ojo y haciendo un paquete.)*—Ahí va.

AMA.—¿Pero no lo pesa?

ANGEL.—¿Para qué? A ti te doy yo el establecimiento por medio kilo. *(Mientras se lo envuelve llega nuevamente a la puerta Fidelio con el niño, que no cesa de llorar y le grita: "Por el amor de Dios." En ese momento pasa un caballero y, al verlo y oírlo, saca diez céntimos y se los da.)*

FIDELIO. *(Desde el foro.)*—¡Eh, caballero! ¡Que yo no pido!... *(Gritándole.)* Que yo no pido más que se calle. *(Figura que le sigue por la derecha.)*

AMA. *(Cogiendo el paquete.)*—¿Cuánto es?

ANGEL.—Para ti, nada. Y siempre que te manden aquí me mandas un recado, y yo te daré un vale. Y si no, lo mejor es que... ¿A qué hora sueles salir de paseo?

AMA.—Al caer la tarde me tiene usted ahí, en la plaza del Progreso.

ANGEL.—Pues debajo de Mendizábal estaré esperándote luego.

AMA. *(Mirando.)*—¿Y el niño?

ANGEL.—Por la acera lo está paseando Fidelio. Recógeselo al salir.

AMA.—Es lo mejor. Hasta luego.

ANGEL.—Hasta la caída de la tarde. *(Ama hace mutis por el foro izquierda.)* Otra que cae; la apuntaremos en el Registro. *(Saca un librito y escribe.)* Número 364. Ama de cría, natural de Astorga; joven y amazacotada; a las cinco, en la plaza del Progreso. ¡Hombre, qué casualidad! El número uno es una criada de Astorga, y el último el ama. Está recorriendo mi amor toda la escala astorgana.

FIDELIO. *(Entrando por el foro asustadísimo y sin el chico.)*—¡El amo!

ANGEL.—El ama, dirás.

FIDELIO.—¡El amo, que viene el amo!

ANGEL.—¡Demonio! *(Sale del mostrador y se dirige a la puerta de la derecha.)*

FIDELIO.—Se ha apeao de un taxi y está mirando el contador a ver qué debe.

ANGEL.—Cualquiera le pisa cinco céntimos a Aniceto.

FIDELIO.—Viene con los forasteros.

ANGEL.—Bueno, yo me voy a mi cuarto, y si pregunta por mí, le dices que no salí anoche.

FIDELIO.—¡Pero si ha entrao esta mañana en su alcoba y no le ha visto!

ANGEL.—Pues por eso; le dices que no salí anoche, que fué anteanoche y que no he vuelto hasta ahora. *(Haciendo mutis.)* Hasta ahora. *(Entra* ANICETO.*)*

ANICETO.—Fidelio.

FIDELIO.—Mande usted.

ANICETO.—Pero qué, ¿cómo estás en mangas de camisa?

FIDELIO.—Fresquísimo... Es que se me enganchó la blusa y me he hecho un jirón...

ANICETO.—¿Un jirón? Oye, Fidelio, ¿me quieres decir desde cuándo te has hecho de "La Gota de Leche"?

FIDELIO.—¿A qué viene esa pregunta, don Aniceto?

ANICETO.—Es que me ha parecido verte con un rorro en brazos, y me ha parecido también que más que dárselo se lo tirabas a un ama.

FIDELIO.—¡Ah, sí! Es una parroquiana que tiene un chico muy llorón y lo estaba meciendo para que se callase: yo se lo echaba a ella, ella me lo echaba a mí..., hasta que se calló.

ANICETO.—¿Y se hizo daño?
FIDELIO.—Que se calló: que dejó de llorar.
ANICETO.—Pues habla bien, porque una cosa es que cayese y otra que callase; y en lo sucesivo, si llora un chico, que lo duerma su madre; que tú estás aquí de dependiente y no de nana; ¿te enteras, nene?
FIDELIO.—Sí, señor; sí.
ANICETO.—Pues anda, coge seis pesetas y dáselas al chófer y a ver qué les pasa a ésos que no entran.
FIDELIO.—Ya están ahí. *(Hace mutis y vuelve a entrar. Por el foro entra* JACOBA, *seguida de* FUENCISLA, *de unos veinticinco años; joven, guapa, pero tipo apaletado. Viste con gran recato, pelo sin cortar, falda larga, es modosa y tímida en su trato.* EUSEBIO, *de unos cincuenta años, tipo también apaletado, pero sin exageraciones. Es un ricachón de Segovia, padre de Fuencisla. Sacan una maleta y un maletín de mano.)*
JACOBA.—Dejar eso ahí. *(Por la maleta y el cabás.)* Ya lo meterá dentro el chico.
ANICETO.—¿Y qué? ¿Qué tal por Segovia?
EUSEBIO.—Lo de siempre. Calor cuando Dios dice ahí va la calor, y frío cuando Dios dice...
ANICETO.—Ahí va el frío. Muy parecido a Madrid.
JACOBA.—Aniceto ha querido preguntarte que cómo te iba en tus negocios.
EUSEBIO.—¡Ah! Como siempre... Cuándo se da la cosecha bien, y cuándo se da la cosecha mal...
ANICETO.—Mal. Eres de una claridad que ciega.
FUENCISLA.—Padre, no se puede quejar; el año pasado ganó muy cerca de los diez mil duros, y este año lleva camino de más.
JACOBA.—Pues con lo ahorrativo que tú eres ya tendrás un buen pellizco.
ANICETO.—Pero un pellizco de esos de cardenal.
EUSEBIO.—¡Pchs! Pa vivir, y pa vivir bien, no falta.
JACOBA.—¡Qué lástima que tu mujer, mi pobre hermana, muriese, ahora que podías tenerla como una reina!
EUSEBIO.—Y sí que la tendría. *(Resignado.)* Pero cuando el Señor se la ha llevao, con su con qué habrá sío, digo yo.
FUENCISLA.—Padre, no hablemos de eso.
ANICETO.—Tiene razón tu hija: ciertas cosas no conviene recordarlas a cada momento; bien está que se conserve un recuerdo piadoso, pero dentro de uno; siempre dentro. *(A Fidelio, señalando la maleta y el cabás.)* Tú, mete eso dentro. *(Fidelio coge el cabás y la maleta y lo entra por la derecha.)*

JACOBA.—¿Y a ti no hay manera, por lo visto, de hacerte desistir de tu determinación?

FUENCISLA.—No, tía.

EUSEBIO.—Se ha empeñado en entrar en un convento, y a entrar viene.

ANICETO.—¡Parece mentira! Una muchacha joven, guapa, hija única, heredera de una fortuna muy decentita... y con la mar de pretendientes, porque supongo que los tendrás...

EUSEBIO.—A patás, pero como si no; y cuidao que yo he hecho tó lo posible por hacerle la vida agradable. ¿Vestíos? Como la que mejor puea llevarlos; teatro, paseos, auto..., tó lo que puean tener las demás mujeres... ¡En fin, hasta escopeta!

ANICETO.—¿Cómo escopeta?

EUSEBIO.—De ésas pa acompañarla.

ANICETO.—¡Ah, carabina!

EUSEBIO.—Eso; pues como si ná; ca vez que se le acercaba la carabina se encogía de hombros y no le hacía caso; tanto que la tuve que despedir porque no era caso de estar pagando una carabina...

ANICETO.—Para tenerla arrinconada, tienes razón.

JACOBA.—¿Y si te quedases con nosotros un par de meses? Aquí, en este Madrid, que no puedes darte una idea de cómo se está poniendo: cada día tiene mayores atractivos, más teatros, más cines, más verbenas, más "superestango"...

ANICETO.—Más atropellos... Está que da gloria.

FUENCISLA.—No se cansen ustedes, estoy decidida, y por nada ni por nadie torceré mi voluntad. La vida no tiene para mí atractivos; el teatro me aburre; el baile me cansa, y en cuanto al amor... Cierto que se me han acercado muchos mozos, muchos, los mejores de Segovia y de casas bien; pero no sé, no han sabido interesarme...

JACOBA.—Porque serían unos sombrones.

FUENCISLA.—O porque a mí no me llama Dios por ese camino.

JACOBA.—Di tú que te se hubiese acercao un hombre con gracia, que los hay, y ya verías tú si te llamaba.

EUSEBIO.—En fin, que ahí la tenéis, que dentro de cinco días ingresa en las Carmelitas descalzas, con cinco mil beatas que tiene que aflojar de dote.

ANICETO.—¡Ah! ¿Pero para entrar en un convento hay que entrar con cinco mil beatas?

FUENCISLA.—Se puede entrar sin llevar nada; pero teniéndolo, como afortunadamente lo tengo...

EUSEBIO.—Bueno; pues ahí se os queda, que yo voy a

hacer unos encargos y quiero volverme a Segovia en el tranvía de las cinco, y a ver si de aquí al lunes, que tié que entrar, lográis convencerla.

FUENCISLA.—Ya sabe usted que es inútil, padre.

EUSEBIO.—Está bien; qué se le va a hacer. Perdí la mujer; ahora pierdo la hija... Cuando el Señor lo quiere con su conque será. Digo yo.

ANICETO.—Di lo que quieras; pero es una atrocidad.

EUSEBIO.—Vaya, hasta luego. Adiós, Fuencisla.

FUENCISLA.—Adiós, padre.

JACOBA.—Adiós, Eusebio.

EUSEBIO.—Adiós. *(Haciendo mutis por el foro.)*

JACOBA.—¡Adiós!

ANICETO.—¡Adiós! *(Aparte.)* A Dios no deben importarle estas cosas, porque, de lo contrario, cómo iba a tolerar que esta muchacha...

JACOBA. *(A Fuencisla.)*—Bueno; anda, ven, te llevare a tus habitaciones, por si quieres asearte antes de que comamos.

FUENCISLA.—Sí, y además quiero escribir una carta a la Superiora del convento.

JACOBA.—Lo que quieras; ya sabes que ésta es como si fuese tu casa. *(Entran por la derecha. Aniceto se dirige a* FIDELIO, *que habrá salido un momento antes y estará trajinando en el mostrador, y le pregunta.)*

ANICETO.—¿Qué? ¿Vino ese malabarista de la carcajada?

FIDELIO.—¿Se refiere usted a su cuñado? Sí, señor; en su cuarto está.

ANICETO.—Pues anda, dile que tenga la amabilidad de venir, que nos vamos a reír un rato.

FIDELIO. *(Dirigiéndose a la derecha.)*—Está bien.

ANICETO.—¡Ah! Y no salgas hasta que yo te llame; necesito estar solo con él.

FIDELIO. *(Haciendo mutis.)*—Me parece a mí que a don Angel se le ha acabao la sopa. *(Hay un momento de pausa; Aniceto se pasea nervioso y meditabundo.)*

ANICETO. *(Paseándose y hablando consigo mismo.)* — Sí..., sí... Más vale una vez colorado que ciento amarillo... De hoy no pasa. *(Por la derecha sale* ANGEL *con el blusón de Fidelio todavía puesto.)*

ANGEL. *(Muy amable.)*—¿Me llamabas?

ANICETO.—Sí. Tengo que hablar contigo de una vez y muy seriamente.

ANGEL.—¿Muy seriamente?

ANICETO.—¡Muy seriamente! Para lo cual me vas a ha-

cer el favor de quitarte esa blusa, porque es a ti y no a doña Berenguela al que quiero hablar.

ANGEL.—Aniceto, esa imagen estatuaria...

ANICETO.—Que te la quites he dicho.

ANGEL. *(Quitándosela.)*—Está bien. Tú dirás.

ANICETO.—Siéntate, y procura poner los cinco sentidos en todo cuanto voy a decirte.

ANGEL. *(Sentándose.)*—Te escucho.

ANICETO.—Empezaré de una manera suave, cariñosa, para no herir tus sentimientos.

ANGEL.—Gracias, cuñado.

ANICETO.—Angel: tú eres un tarambana sin pizca de vergüenza...

ANGEL.—¡Aniceto!

ANICETO.—Con dos miligramos de sentido común.

ANGEL.—¡Aniceto!

ANICETO.—Y con una frescura que donde entras mueren todos de pulmonía.

ANGEL.—Aniceto, tenme más respeto.

ANICETO.—Un poco de calma. Tú recordarás cómo has venido a esta casa.

ANGEL.—¿Yo?

ANICETO.—En mangas de camisa.

ANGEL. *(Aparte.)*—Este me ha visto. *(Alto.)* Te advierto que fué culpa del Manitas...

ANICETO.—Estoy hablando en serio. En mangas de camisa, repito: con el día delante y la noche detrás. Aquí se te dió acobijo, cariño fraternal y un pedazo de pan, que muchas veces ha pasado de una libreta, porque para ti la Panificadora es una fábrica de bollos.

ANGEL.—¡Ah! ¿También me vas a echar en cara el pan que me he comido?

ANICETO.—No; es simplemente recordarte las cosas. Pues bien: tú a ese comportamiento noble y sincero has correspondido con el escándalo, el libertinaje, la mofa y la befa.

ANGEL.—¿Yo?

ANICETO.—Tú, sí; aquí no pasa día sin que, firmados por ti, no se despachen quince o veinte vales de sopa; ¡y esto no!, la verdad; que tú comas la sopa boba, pase; pero que quieras mantener con fideos, estrellas o perdigones a tus conquistas, me parece una libertad mucho más grande que la que hay a la entrada de Nueva York alumbrando al mundo.

ANGEL.—Eres injusto, Aniceto. ¿Qué habré podido gastarte de sopa con esos vales? ¿No hubiera sido peor pedirte dinero?

ANICETO.—Mira, no seas cínico, porque a mi mujer la tienes frita a sablazos; claro que a mí no me sacas un céntimo como no me cloroformices; pero a ella... Como le haces tanta gracia... En fin, a lo que iba: después de pensarlo muy seriamente, ha decidido cerrar para tí las puertas de esta casa y que te busques la vida ora de albañil, ora de carpintero, ora de relojero...

ANGEL.—Está bien; muy bien. ¿De modo que me echas como el que despide a un criado? ¿De modo que ni siquiera tienes en cuenta lo que he hecho por tu casa?

ANICETO.—¿Tú?

ANGEL.—Yo; yo, que me he devanado los sesos para dar vida a este establecimiento. A mí me debes la iniciativa de regalar los jueves globos para los chicos.

ANICETO.—¡Que me costó el dinero encima!

ANGEL.—Porque no quisiste subir los precios, y con los globos se acostumbra a subir siempre.

ANICETO.—Está bien.

ANGEL.—A mí me debes la idea de meter una estampa de Jesús y otra de San José con un anuncio que decía: "En este paquete de galletas va la Sagrada Familia. Al que la presente en el establecimiento se le gratificará con 500 pesetas."

ANICETO.—Lo cual que era un timo, porque no metíamos más que a San José y a Jesús.

ANGEL.—¡Ah! ¿Pero las galletas no eran María?

ANICETO.—Para ti, que vives en continuo truco, muy bien; pero para mí, acuérdate que por poco me llevan a la cárcel.

ANGEL. *(Casi sollozando.)*—Ingrato; más que ingrato. Con lo que yo te he defendido; con lo que yo he luchado por vosotros; con lo que yo he mirado por vuestros muebles.

ANICETO.—¿Qué dices?

ANGEL.—A ver: siempre he venido a acostarme por la mañana para que no sufriera tanto la cama con mi peso.

ANICETO.—¡Bueno, es una garrafa!

ANGEL.—¡Toda mi juventud destrozada entre estas cuatro paredes! *(Limpiándose una lágrima.)* Toda una vida muerta entre macarrones y galletas; porque yo he podido trabajar, hacer algo; empezar una carrera...

ANICETO.—Si tu empiezas una carrera te sientas a los diez minutos.

ANGEL.—Me ofendes, Aniceto. Yo no soy malo; yo tengo un corazón que el día que me hagan la autopsia me lo van a tener que sacar en un perol. Yo soy cariñoso, amante de la familia; remedio cuantos males puedo. *(Vien-*

do que Aniceto saca el pañuelo y se lo lleva a la cara.) No llores.

ANICETO. *(Secamente.)*—Es que me limpio el sudor. Y acabemos: ni tus lágrimas de cocodrilo me conmueven, ni tu arrepentimiento de colegial me convence. Tú eres un viva Nuestra Señora de la Almudena con más dobleces que un traje plisado y con menos vergüenza que una tanguista, y como no estoy dispuesto a dejarme vencer por tu palabrería, ahora mismo arreglas tu baulito, llamas a un mozo de cuerda, que tendré que pagarlo yo, y por el quicio se sale al encintado. No creo que te sea difícil hacer frente a la vida. Con esa gracia que Dios te ha dado puedes dedicarte a escritor festivo, incluso fundar un semanario humorístico, del que te voy a dar el título, porque yo también tengo gracia algunas veces.

ANGEL.—¿Cuál?

ANICETO.—"¡¡Ay, que me troncho!!" Si tiene éxito puedes troncharte dos veces a la semana.

ANGEL. *(Levantándose.)*—¿De manera que no hay apelación?

ANICETO.—No hay apelación.

ANGEL.—¿Y ahora mismo?

ANICETO.—En este instante.

ANGEL.—Está bien; me dejarás por lo menos ponerme una americana...

ANICETO.—Póntela.

ANGEL.—Una americana de las tuyas, porque la mía la he dejado en el tinte.

ANICETO.—¿En el tinte? Que te dé Jacoba una, pero de las más usadas, ¿entiendes?

ANGEL. *(Entrando por la derecha.)*—Sí, hombre, sí; me quitas la comida y me das ropa vieja. ¡Qué crueldad!

ANICETO. *(Llamando.)*—¡Fidelio! ¡Fidelio!

FIDELIO. *(Saliendo.)*—¿Qué hay que hacer?

ANICETO.—Llégate a la esquina y tráete un mozo de cordel, que tiene que llevar el baúl de don Angel a...; no sé... Puede que lo mande llevar al Palas.

FIDELIO.—¡Ah! ¿Pero es que don Angel se va?

ANICETO.—Sí. Va a fundar un semanario humorístico; es una pena que la gracia que tiene se pierda aquí entre estas cuatro paredes...

FIDELIO.—Bueno; ¿pero si viene algún vale...?

ANICETO.—Si viene algún vale y lo despachas, te mando con él a formar parte de la Redacción; conque, hala, vete por el mozo.

FIDELIO.—¿Y si no lo hay en la esquina?

ANICETO.—Lo buscas donde sea: el caso es que te lo

traigas. *(Fidelio hace mutis por el foro. Por la derecha sale* JACOBA.)

JACOBA. *(Sobresaltada.)*—Pero, oye, Aniceto: ¿qué es lo que me dice mi hermano? ¡Que lo has echado a la calle!

ANICETO. *(Con seriedad.)*—Lo he echado.

JACOBA.—Bueno; pero supongo que eso será una broma tuya; y si es una broma es demasiado pesada.

ANICETO.—La que es demasiado pesada eres tú. He echado a tu hermano porque lo he creído necesario y nada más.

JACOBA.—¡Ah, pero es que Angel no se va!

ANICETO.—¿Cómo que no? Lo que tarde en llegar el mozo de cuerda.

JACOBA.—Eso será si yo quiero.

ANICETO. *(Autoritario.)*—Y si no quieres, también; y no des lugar a que, fiado en tu ayuda, intente quedarse, porque me obligarás a que lo eche violentamente.

JACOBA.—¿Te atreverías a pegarle?

ANICETO.—Primero, a empujarle...; después, ya veríamos.

JACOBA.—Aniceto, eres un tirano.

ANICETO.—Soy un hombre de "orden".

JACOBA.—Pues óyelo bien: por la misma puerta que salga mi hermano, salgo yo con él.

ANICETO.—¡Ah! ¿Me pones en la disyuntiva...? Pues bien: como no tienes razón, vete; tú volverás.

JACOBA.—Cuando vuelva él. *(Por la derecha sale* MARINA *muy apurada.)*

MARINA.—¿Pero es cierto que se va el señorito Angel?

JACOBA.—Sí, hija, sí. Este monstruo lo echa a patadas.

ANICETO.—Ya te he dicho que ese procedimiento depende de él.

MARINA.—El caso es que yo..., la verdad...

ANICETO.—¿Qué?

MARINA.—Yéndose el señorito Angel...

ANICETO.—¿Se quiere usted ir también? Claro, como que yo soy un hombre serio y no le hago a usted reír... Pues ésa es la puerta. *(Por la derecha sale* LUCÍA *seguida de* FUENCISLA, *que se quedará cerca de la puerta con gran timidez.)*

LUCÍA. *(Saliendo.)*—Si el señor tuviese la amabilidad de darme la cuenta...

ANICETO.—Pero usted también...

LUCÍA.—Yéndose la señora...

ANICETO.—Y yéndose el señorito; pero ese sinvergüenza arrastra más que un tute. Bueno, pues iros todos; me quedaré aquí con Fuencisla.

FUENCISLA.—¡Ay! Usted me perdonará; pero... quedarme sola con un hombre..., aunque sea pariente..., ¡no está bien visto!... La gente siempre se inclina a lo peor... Y como voy a entrar en un convento...

ANICETO. *(Desesperado.)*—Bueno, pues vete con tu tía. *(Por la derecha sale* ANGEL *con una americana que no le estará bien y un sombrero que tampoco le caerá dignamente. Saca un baulito, poco más grande que un cabás chiquito.)*

ANGEL. *(Saliendo.)*—Listo; para evitarte dispendios me llevo yo mismo el baúl. *(Enseñando el baúl.)* Adiós.

ANICETO.—¡Ah! ¿Pero ése es todo tu equipaje? ¿No tendrás que pagar exceso?

ANGEL.—Si tengo que pagar o no, es cosa mía; desde este momento no tengo que darte cuentas; el esclavo se redime; el pájaro, vuela; soy libre. Adiós, Aniceto; adiós, hermana; adiós a todos.

JACOBA.—No; a todos, no, porque yo me voy contigo.

FUENCISLA.—Y yo con ella.

MARINA.—Y yo.

LUCÍA.—Y yo.

JACOBA.—Sí, esta casa es una cárcel.

ANICETO. *(Indignado.)*—Jacoba, mira bien lo que dices.

ANGEL.—Lo que dice mi hermana lo sostengo yo: aquí no se vive, aquí no se respira; esto es el penal del Dueso.

ANICETO. *(Más indignado.)*—¿Un penal?

ANGEL.—Un penal, y tú un negrero.

ANICETO. *(Aun más indignado.)*—¡Un negrero! ¿Yo un negrero? ¡Yo, que llevo diez años dándote cama y comida y aguantando tus charlotadas!

ANGEL.—¿Y la alegría que me debes?

ANICETO.—¿Y la sopa que me debes tú?

ANGEL.—Tú lo que eres es un tacaño y un desgraciado.

ANICETO. *(En el colmo ya de la ira coge una pesa y le dice tirándosela.)*—¿Insultos a mí? ¡Toma! *(Le tira la pesa, que será figurada, de cartón, y le da en la cabeza.)*

ANGEL. *(Llevándose las manos a la cabeza.)*—¡Mi madre!

ANICETO.—¡Ea! Ya me he quitado un peso de encima.

ANGEL. *(Viendo la pesa en el suelo.)*—¡Medio kilo!

JACOBA.—¡Angel, Angel! ¿Te ha herido?

ANGEL.—Me ha hecho un chichón enorme.

ANICETO.—Y si no os vais pronto le tiro la de dos kilos.

JACOBA. *(A Aniceto.)*—¡Infame! ¡Fratricida! Vámonos, vámonos.

LAS TRES. *(Asustadas.)*—Sí, vámonos.

JACOBA.—Angel, Angel. *(Tocándole la cabeza.)* Ay, pero si esto es un bulto enorme.

ANGEL.—Qué importa, vamos. Anda, Jacoba; anda, Marina; anda, Lucía... *(Se dirigen al foro todos. Momentos antes habrá entrado* FIDELIO *con un mozo de cuerda.)*

FIDELIO *(Al mozo y señalándole a Angel.)*—Ese señor es...

MOZO.—¿Ese? ¿Pero no tiene usted más que ese bulto? *(A Angel.)*

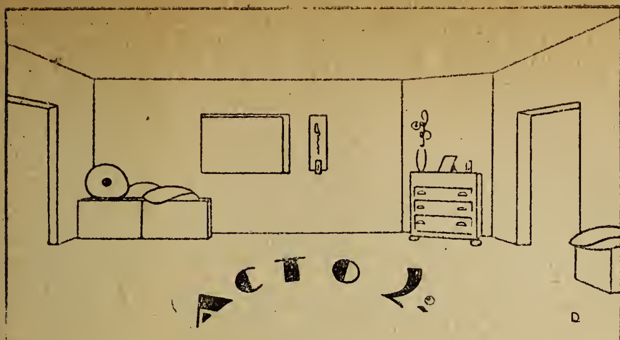
ANGEL.—Este *(Por el baúl)* y éste. *(Señalando la cabeza.)*

TELÓN RÁPIDO





CASIMIRO ORTAS



Estamos en un piso cuarto y en una sala modesta. En el centro del foro, una ventana practicable que da al tejado. A derecha, primer término, puerta practicable. A la izquierda, dos puertas practicables. Del centro pende un flexible con una bombilla y una lámpara de papel. Por muebles hay los siguientes: una mesa más bien pequeña que grande, que tendrá una pata atada con una cinta a modo de venda. Dos cajones no muy grandes cubiertos con unas cretonas y sobre cada uno un cojín. Una mecedora vieja. Sobre la mesa, que estará adosada al lado derecho, una fotografía del tamaño de esas llamadas americanas o un poco mayor.

La ventana que da al tejado está abierta; la luz encendida. Son las nueve de la noche.

CASILDA. *(Saliendo de la primera izquierda.)*—¡Ea! Ya están arregladas las alcobas. Poco tienen que arreglar, porque tienen menos de lo preciso. Don Angel es el único que tiene una casa algo decente y hasta mesilla de noche; pero los demás..., dos catres pa las cuatro y pare usté de contar. *(Por la derecha* DON SISENANDO, *de unos cincuenta años. Viste modestamente, traje oscuro, raído; no saca sombrero.)*

SISENANDO. *(Entrando.)*—Oiga usted, Casilda.

CASILDA.—¡Don Sisenando! ¿Ha cerrado usted ya la droguería?

SISENANDO.—Ahora mismo.

CASILDA.—¿Entonces han dao las nueve?

SISENANDO.—Ahora mismo.

CASILDA.—Pues me bajo a la portería, porque mi marido querrá cenar.

SISENANDO. *(Deteniéndola.)*—Un momento. ¿Usted sabe si tardarán en venir los inquilinos de este cuarto?

CASILDA.—Vaya usted a saber. A lo mejor, como hoy es la Paloma, si les ha dao por irse a la verbena, que es lo más probable, lo mismo púen volver dentro de diez minutos que volver a la madrugá. ¿Quería usté algo de ellos?

SISENANDO.—De ellos, no; de usted.

CASILDA.—¿De mí?

SISENANDO.—Sí; yo le agradecería que me dijese qué clase de gente son estos vecinos.

CASILDA.—Y qué quiere usté que yo le diga, don Sisenando. Buenas personas..., si no lo son, lo parecen. ¿Alegres? No cabe más; sobre tó, don Angel, es un señor que siempre tiene una ocurrencia en la boca.

SISENANDO.—Bueno; pero él, ¿qué es?

CASILDA.—Que yo sepa, no es más que eso: ocurrente.

SISENANDO.—¿Entonces ellas harán algo?

CASILDA.—Ellas..., reírse de las ocurrencias.

SISENANDO.—Entonces serán accionistas del Banco, porque si no, ¿me quiere usted decir de qué viven?

CASILDA.—A mi entender, deben vivir de un pariente, hermano o no sé qué, que tié una fábrica de fideos, porque mi marío le ha llevao algunas cartas, y a mí me tién rogao que si viniese o preguntase por ellos dijese que don Angel estaba muy enfermo; y algo será, porque a él le rebosa la salud por toas partes.

SISENANDO.—¡Ah, vamos! ¡Sí! Que estarán engañando al de los fideos; esto hace que tomen más cuerpo mis sospechas.

CASILDA.—¿Sus sospechas?

SISENANDO.—Sí, Casilda, sí; mis sospechas. Usted sabe que vivo en el cuarto de al lado y que vivo solo con mi señora. Usted sabe que nos traen la comida de ahí del restaurant de la esquina, y ¿usted sabe quién se la come?

CASILDA.—¿Quién se la ha de comer? ¡Ustedes!

SISENANDO.—Ellos.

CASILDA.—¿Eh?

SISENANDO.—Lo que usted oye. Con motivo del calor, suelo dejar en la repisa de la ventana que da sobre el tejado los platos con la comida, y desde que se alquiló este cuarto, que todo lo que dejo desaparece. La otra noche dejé medio pollo frío, y a la mañana siguiente, nada; anteanoche dejé una pescadilla, y nada.

CASILDA.—¿No será algún gato?

SISENANDO.—Eso sospeché al principio, pero después me

he convencido que no. Porque un gato se comería la merluza, pero no se bebería el vino.

CASILDA.—¿El vino?

SISENANDO.—Sí, señora; el vino. ¿Usted recuerda el pellejito aquel que tenía de dos litros?

CASILDA.—Ya lo creo.

SISENANDO.—Pues lo dejé lleno al fresco y ha desaparecido; y más que por el vino, lo siento por el pellejo.

CASILDA.—Pues ellos parecen unas personas educadas.

SISENANDO.—Educadísimos; a mí siempre que me encuentran en la escalera me saludan muy finamente y me tienden la mano. ¡Pero eso de que por delante me den la mano y por detrás me quiten el pellejo, no lo tolero, vaya!

CASILDA.—Pues yo no acierto a creer...

SISENANDO.—Pues si no son ellos, pronto me voy a convencer, porque voy a poner en práctica una cosa que... nos vamos a reír todos. Y en cuanto a lo de mi mujer...

CASILDA.—¿A lo de su mujer?

SISENANDO.—Sí, Casilda; a lo de mi mujer. Y eso sí que lo sé seguro. Ese don Angel, como es tan ocurrente...

CASILDA.—¡Mucho!

SISENANDO.—Aprovechando también de que me paso casi todo el día en la tienda, le hace cucamonos desde esa ventanita, y ella, como él es tan gracioso, se troncha de un modo que un día se va a caer al patio.

CASILDA.—¿Pero es posible?

SISENANDO.—Como usted lo oye. Me he enterado hasta de la contraseña que tienen para llamarse.

CASILDA.—¡Ah! ¿Sí?

SISENANDO.—El la maya...

CASILDA.—¿Cómo?

SISENANDO.—Que la llama.

CASILDA.—¿En qué quedamos?

SISENANDO.—Que la llama y la maya. Se asoma y dice amorosamente: "¡Miau, miarramiau!", y ella le contesta: "¡Quiquiriquí!"

CASILDA.—¿El gallo?

SISENANDO.—El gallo. Y a mí esa faena no me la hace más, porque yo me asomo y los ladro, y vamos a tener una queja de la Sociedad protectora de animales.

CASILDA.—Pero quién iba a pensar...

SISENANDO.—Se lo digo a usted, Casilda, para que advierta a ese chistoso que en cuanto vuelva a maullar a mi señora, le doy un tiro que lo dejo mudo.

CASILDA.—Será usted capaz...

SISENANDO.—Por si acaso, que no maye, porque el tiro se lo gana. ¡Vaya si se lo gana! Claro está que no se lo voy a dar con bala, porque a mi edad ir de excursión a Santoña no es entretenido; pero se lo doy de sal, que lo tengo tres días que se va a creer que está adobao. Conque adiós, Casilda. *(Mutis derecha.)*

CASILDA.—Adiós, don Sisenando; no cierre usted la puerta; yo cerraré ahora al salir. *(Al quedarse sola.)* ¿Será posible que esta familia?... Y por aquí no veo al pellejo de don Sisenando. ¿Lo tendrán escondío por ahí dentro? Voy a ver... *(Hace mutis por la izquierda. Por la derecha asoman las respectivas cabezas* ANICETO *y* FIDELIO.)

ANICETO.—¿Se puede?... ¿Se puede?...

FIDELIO.—Por lo visto, se puede.

ANICETO. *(Entrando.)*—Nadie. Pasa, Fidelio.

FIDELIO. *(Entrando.)*—¡Hay que ver! ¡Qué pobrez! Ni sillas tién siquiera.

ANICETO.—Ya ves: unos cajones con unos cojines..., una mesa con una pata recién operada, dos chucherías de quiero y no puedo, y por todo adorno un retrato que sabe Dios de qué sinvergüenza será.

FIDELIO. *(Fijándose.)*—De usted.

ANICETO.—¿Mío? Pues que yo recuerde, no he dedicado ningún retrato a nadie, y ese, por lo que distingo, tiene una dedicatoria.

FIDELIO.—Aquí dice "Epitafio".

ANICETO.—A ver, trae. *(Fidelio le da el retrato y Aniceto lee.)*

Aniceto Perdigón,
gran fabricante de sopa,
discurre como un melón,
y aunque finge educación...
tiene poca.

FIDELIO. *(Aguantando la risa.)*—¿Es una quintilla quebrada, verdad?

ANICETO.—Es un puñetazo que le voy a dar que le va a parecer una octava real. ¡Maldita sea!

FIDELIO.—Por Dios, don Aniceto, tenga usted en cuenta el espectáculo que hiere sus ojos; esto parte el alma.

ANICETO. *(Doblegándose.)*—Sí que tienes razón, la parte; porque de piedra la tenía yo y ya ha empezado a resquebrajarse. Tú te acordarás que cuando salieron todos de mi casa me encerré en una sordomudez propia de un colegiado de la escuela del Hipódromo; que no valieron

súplicas ni llantos; que recibí más de doscientas cartas sin contestar a ninguna; pero esta última me ha hecho una grieta en la víscera cardíaca y me ha producido un leve hipo precursor del sollozo. No he llorado, pero me ha faltado el canto de un cuproníquel.

FIDELIO.—Eso es señal de que empieza a ceder.

ANICETO.—Es que la carta se las trae. *(Sacando una carta y leyendo.)* "Verduguito: Mátanos si ese es tu gusto, pero no alargues nuestro período agónico. Tenemos hambre; el casero nos amenaza con ponernos los muebles en el adoquinado."

FIDELIO.—¡Qué película!

ANICETO. *(Leyendo.)*—"Angel ha caído en el lecho víctima de un padecimiento mortal del estómago. Tu mujer también está en la cama con otro... *(Vuelve la hoja.)* padecimiento casi mortal. Marina, la mecanógrafa, no puede trabajar porque tiene una parálisis que le ha cogido casi todas las yemas de los dedos; no le han quedado útiles más que dos, y con dos yemas no se va a ninguna parte. Lucía está si se va o si se queda...

FIDELIO.—Claro, no la pagarán.

ANICETO. *(Leyendo.)* ... si se va o si se queda de un tumor que le ha salido en el vientre que no sale a la calle avergonzada por temor a que se crean otra cosa. En cuanto a Fuencisla, parece realmente que el Señor la ha llamado y que ella no le contesta... Está como un fideo: no come, no bebe, amarilla y con ojeras..., no me preguntes qué tiene, porque no hay Dios que lo sepa. Esta carta es la 202...

FIDELIO.—Capicúa.

ANICETO. *(Continuando.)* ... que te hemos escrito; si a ésta no contestas, no vengas a casa, porque una horripilante tragedia se presentará ante tus ojos. Tu mujer penderá de una viga enseñando una lengua que la estofamos y se nos pasa el hambre; Fuencisla, Lucía y Marina también colgarán del techo...

FIDELIO.—¡Qué cuadro!

ANICETO.—... Y a mí, a pesar de que me crees un melón, también me verás colgado. Si no mandas dinero, manda al juez de guardia a descolgar cinco fiambres."

FIDELIO.—¡Qué barbaridad!

ANICETO.—Figúrate, si entramos en esta habitación y vemos colgados los fiambres. Por eso asomé la cabeza antes de entrar.

FIDELIO.—Afortunadamente, creo que ha llegado usted a tiempo.

ANICETO.—¡Así parece!

FIDELIO.—¿Y dónde estarán, porque a la calle no creo yo que hayan salido estando como dicen?

ANICETO.—Quizá estén amodorrados por el sopor de la inanición.

FIDELIO.—No me lo diga usted, don Aniceto, que estoy que me abren las venas y me sacan agua de Litinés. *(En este momento sale* CASILDA.)

CASILDA.—Yo no encuentro... *(Viéndolos.)* ¡Ah! Ustedes perdonen... ¿Buscan a alguien?

ANICETO.—Venimos a ver a los enfermos.

CASILDA. *(Extrañada.)*—¿A los enfermos?

FIDELIO.—Claro.

CASILDA.—Entonces vienen ustedes equivocaos.

ANICETO.—Pero vamos a ver: ¿esta no es la casa de don Angel Cabello?

CASILDA.—Sí, señor.

ANICETO.—¿Y no está él con un padecimiento del estómago que come una chuleta y se cree que le han dado cinco?

CASILDA.—No tanto.

ANICETO.—¿Cinco en la cara, del daño que le hace?

FIDELIO.—¿Y no está doña Jacoba con otra dolencia, si no parecida, con un aire de familia?

CASILDA. *(Como recordando, aparte.)*—Ahora que caigo, no me acordaba que me habían encargao... *(Alto,)* Pues sí, señor, es verdad; el pobre don Angel está malísimo del estómago.

FIDELIO.—¿Y qué es lo que tiene?

CASILDA.—Una cosa que dice el médico que pué que lo traspase.

FIDELIO.—¿Qué será?

ANICETO.—¿Que lo traspase?... Como no sea una tienda... ¿Y de qué tiene esa enfermedad?

CASILDA.—El dice que de comer sopa de una fábrica de un pariente suyo, que es un roñoso y que por ahorrarse cuatro reales hace la pasta de papel secante, y claro...

ANICETO. *(Irónico y empezando a indignarse.)*—Sí, claro; el papel ha ido chupando y lo ha dejado seco. ¿No es eso?

CASILDA.—Eso; sí, señor.

ANICETO.—Me conozco sus gracias de memoria. Pues eso es una mentira como la Monumental de Sevilla. Precisamente en casa no se come nunca sopa.

CASILDA.—¡Ah! ¿No?

ANICETO.—Si se comiera, sabiendo yo cómo la hago, menudo primo sería.
CASILDA.—Entonces, ¿usted es el pariente del que me ha hablado él?
ANICETO.—Sí, señora; soy su cuñado.
CASILDA.—Usted perdone lo que le he dicho, pero...
ANICETO.—De nada; usted no es más que la onda: ha recogido una emisión y la ha trasmitido.
CASILDA. *(Aparte.)*—¿Qué me habrá querido decir?
ANICETO.—¿Y qué tal vida hacen?
CASILDA.—Buenísima y recogidísima.
FIDELIO.—¿Salen poco?
CASILDA.—Lo que se dice nada.
ANICETO.—¿Entonces estarán ya acostados?
CASILDA. *(Un poco apurada.)* No... No, señor. Hace un momento han salido.
ANICETO—¿Que han salido? ¿Y dónde han ido?
CASILDA.—Pues... aquí a la vuelta: a la Poli...
ANICETO.—¿Y quién es la Poli?
CASILDA.—La Policlínica.
ANICETO.—¡Ah, vamos! ¿Aquí cerca hay una Policlínica?
CASILDA.—Sí, señor. A la vuelta, la tercera casa.
FIDELIO.—¡Claro!, en la situación que están no tendrán para que venga un médico a casa.
CASILDA.—Ahí los ve don Trinidad Pontejos.
ANICETO.—¿A Trinidad Pontejos? No he oído nunca nombrar ese médico... *(Recordando.)* Pontejos... Pontejos...
FIDELIO.—A mí me suena.
ANICETO.—A ti lo que te suena es la fuente, como a mí, pero médico... Lo mejor es que yo les mande al mío. A don Fulgencio. ¡Ese sí que es un médico! En veinticinco años que lleva ejerciendo la carrera, no se le ha muerto ni un enfermo.
CASILDA.—¿Es posible?
ANICETO.—En cuanto nota que se le va a morir, hace que llamen a otro y él se despide.
CASILDA.—Pues éste, según malas lenguas, es sabio, pero tié un carácter de tós los demonios; no le aguanta una broma ni al director general de Beneficencia.
ANICETO.—Pues estoy viendo que le da un veneno a mi cuñao.
CASILDA.—¡Sería una lástima! ¡Tan simpático! ¡Y sobre tó tan gracioso!
ANICETO.—¡Ya salió aquello!

FIDELIO. *(Que se asoma a la lateral derecha.)*—Mire usted, don Aniceto, mire usted qué pena: una habitación con dos catres solamente.

CASILDA.—En esos dos catres duermen las cuatro mujeres.

ANICETO.—¿Y él?

CASILDA.—En aquella otra, que tiene cama de madera y mesilla de noche.

ANICETO.—¡Habrá sinvergüenza! No tiene ni idea de lo que es la galantería. Bueno, pues cuando vuelvan de la Poli, les da usted este sobre: dentro hay doscientas pesetas. No es gran cosa, pero lo que queda de mes pueden tirar.

CASILDA.—Sí que lo tiran, sí. Y les diré que ha estao usted aquí.

ANICETO.—No; les dice usted... *(Dudando.)* El caso es que... Lo mejor es que se lo ponga usted en la mesilla de noche... Sí, sí, vamos dentro; de paso voy a dejar un papel con tres palabras nada más sobre la almohada para que se lo dé a Jacoba. ¡Tres palabras!

CASILDA.—Como quiera.

ANICETO.—Vamos. *(Entran en la segunda izquierda y cierran. Por la derecha, con gran algarabía, hacen una entrada triunfal* JACOBA, FUENCISLA, MARINA, LUCÍA y ANGEL. *Todos traen puestos en la cabeza gorros de papel de los que venden en la verbena, y Marina y Lucía, además, mantones de papel. Cada uno lleva una trompeta o pito, que toca desaforadamente.)*

TODOS. *(Cantando.)*

"Yo soy la canastera
de Capuchinos.
Es Málaga la bella
la tierra mía."

ANGEL.—Tararí... ¡Alto! *(Todos se callan.)* ¡Alinearse! *(Se colocan en fila.)* ¡A numerarse!

JACOBA.—Uno.

FUENCISLA.—Dos.

MARINA.—Tres.

LUCÍA.—Cuatro.

ANGEL.—Falta uno.

JACOBA.—Jesús, que se ha quedao pagando al cochero y recogiendo las sandías.

ANGEL.—Está bien; rompan filas... *(Lo hacen.)* ¡Ay, mi madre, qué rato de solaz más agradable he pasao!

JACOBA.—Pues ¿y nosotras? Porque cuidao que nos hemos divertido, ¿eh?

FUENCISLA.—Demasiado ya, tía.

JACOBA.—Pero si es que con este... *(Por Angel.)* no hay manera. Si este hace de un entierro un charlestón.

ANGEL.—Además, que a las verbenas se va a eso: a tomar churros, a retratarse, a columpiarse...

FUENCISLA.—Y a propósito de columpiarse, ¿qué te pasó con el?

ANGEL.—Nada, que me monté, como vísteis, en un cerdo; al cobrarme, le alargo mis diez céntimos, y me dice: son quince. ¡Ah!, ¿pero ha subido el cerdo?, le pregunto, y me dió un empujón que del lomo donde me sentaba me trasladó al jamón de la izquierda.

MARINA.—¡Qué animal!

LUCÍA.—¡Qué bruto! *(Por la derecha entra* JESÚS, *también con un gorro de papel y con dos sandías prisioneras entre los brazos.)*

JESÚS. *(Entrando.)*—¿Qué diréis que me quería cobrar el auriga por el servicio?

ANGEL.—Vete a saber.

JESÚS.—¡Siete pesetas!

JACOBA.—¡Qué ladrón!

JESÚS.—Bueno, le he dicho una cosa que si la han oído las sandías, no os quepa duda que salen encarnás.

ANGEL.—Pues Dios quiera que se hayan enterado.

JESÚS.—¿Dónde las coloco?

JACOBA.—Déjalas ahí en la ventana para que se refresquen.

ANGEL.—No, en la ventana, no; a lo mejor ruedan y se meten en el cuarto de al lado... ponlas aquí. *(Señala un cajón, y Jesús las deja.)*

JACOBA.—¿Quién nos iba a decir que usted, con la tirria que le tenía a éste, iba a ser su mejor amigo, y es que se ha convencido usted de lo bueno y de lo simpático que es.

JESÚS.—Algo hay de eso; pero lo que verdaderamente me ha reconciliado con él, ha sido el mote que le ha puesto a mi suegra.

JACOBA. *(Ya queriendo reír.)*—¡Ah!, ¿pero le has puesto un mote a la suegra de Jesús?

ANGEL. *(Con fingida modestia.)*—¡Pchs!, una comparación sin importancia.

JESÚS.—Sin importancia para ti; pero como yo no la puedo tragar, porque por culpa de ella me ra retirao mi mujer los poderes, y me he quedao apré, pues a mí me hace mucha gracia.

JACOBA.—Y la tendrá.
MARINA, LUCÍA, FUENCISLA. *(Con curiosidad.)*—¿Cómo, cómo la ha puesto?
JESÚS.—Pues como le ha dao Dios un carácter, que por nada estalla, y además tiene un ojo de cristal, dice que es una gaseosa de bolita. *(Todos ríen estrepitosamente. Cuando están en el colmo de la risa, hace salida* ANICETO, *seguido de* FIDELIO *y* CASILDA.*)*
ANICETO.—¡Buenas noches!
LUCÍA.—¡Mi madre!
MARINA.—¡Mi tía!
JACOBA.—¡Mi marido!
ANGEL.—¡Mi cuñado! *(Todos llevan las manos a la cabeza para quitarse los gorros.)*
ANICETO.—No descubrirse, que soy de confianza.
JACOBA.—¡Aniceto!
ANICETO.—No te acerques, no me vaya a enredar en los flecos del mantón. Que te dé ése un papelito que le he dejado para ti, y seguir divirtiéndose.
JACOBA.—Te advierto que nosotros veníamos...
ANICETO.—Lo sé; de la Policlínica de la vuelta. Y por lo visto, para curaros, os ha recetado el médico esas dos píldoras. *(Señalando las sandías.)*
ANGEL. *(Muy digno.)*—Te advierto que esas dos píldoras, como tú las llamas, son diuréticas.
ANICETO.—¡Ah!, ¿son diuréticas?
ANGEL.—Son diuréticas y son de Murcia. *(Todos ríen.)*
ANICETO.—Bueno, te suplico que te reserves las ingeniosidades, porque, la verdad, no estoy ahora para mondarme. Por lo visto, tu dolencia es tan grave, que el médico te ha mandado a paseo.
ANGEL.—Así es; me ha asegurado que el estómago, para digerir bien, necesita solaz, necesita esparcimiento; y yo me he dicho, para buscar un esparcimiento, me iré a la verbena.
ANICETO.—¿Y para buscar un solaz?
ANGEL. *(Muy serio.)*—Me iré a la Gran Vía. *(Todos, incluso Fidelio y Casilda, rompen a reír.)*
ANICETO.—Basta; veo que seguís lo mismo, que no tenéis enmienda. Os reventáis con las gracias de este tozudo de la hilaridad y no pensáis en el porvenir, en el porvenir, que se os presenta más negro que Cagancho.
FUENCISLA.—Tío, yo le explicaré...
ANICETO.—Tú también estás envenenada con las ocurrencias de este angelito. ¡Qué diría tu padre, si lo su-

piese! ¡Si te viese con ese gorro de papel y ese pito verbenero!

JACOBA.—Mira, Aniceto, tú métete en tus cosas y deja a la chca, que bastante tiempo le queda de estar encerrá, para que tú le critiques el que se airee un poco.

ANICETO.—Pues ¿y tú?, que de mujer de tu casa, te has convertido en Leonard Parish; siempre estás en la pista dialogando con el tonino éste.

ANGEL.—Aniceto, modera tus comparaciones.

ANICETO.—Y ésa *(Por Marina)*, y ésa *(Por Lucía)*; y todos, todos sois víctimas de este gandul.

ANGEL. *(En digno.)*—¿Sabes lo que te digo? Que el que te hayas decidido a venir a remediar nuestros males, no te da derecho a insultarnos de ese modo.

JESÚS.—Naturalmente.

ANICETO.—¿Y usted, qué pito toca aquí?

JESÚS.—Este. *(Enseñando el que tiene en la mano y tocándole.)*

ANICETO.—Eso se lo puede usted guardar, por si lo emplean en el Metro. Y, para terminar, había venido a eso, a ayudaros, creyendo que eran verdad todas las desgracias que me pintáis en vuestras cartas. y por lo visto he hecho el canelo de una manera que me silban y acudo.

JACOBA.—Te advierto que estamos...

ANICETO.—Muy malos, no lo discuto. Y como vuestra enfermedad no tiene cura, porque os la ha contagiado éste, ahí os quedáis, y no acordaros más del santo de mi nombre ni para bueno ni para malo. Anda, Fidelio... Buenas noches. *(Medio mutis.)*

FIDELIO. *(Aparte, al marchar.)*—¡Mi madre, qué vida se deben dar éstos! ¡Me da una envidia!

ANICETO. *(Volviendo.)*—¡Ah! Y otra vez, cuando se te ocurra hacer algún epifacio, se lo haces al señor *(Por Jesús)*, porque yo tengo un límite de paciencia, y cuando se me acaba, le quito de un puñetazo la inspiración al Dante. Hasta el día del juicio.

ANGEL.—¡Adiós, juez!

FIDELIO.—¡Muy buenas!

ANGEL.—¡Adiós, adjunto!

CASILDA.—Yo, si no quieren nada, me bajo a la portería, y conste que si le dije lo de la enfermedad, fué porque como el señor me lo encargó...

JACOBA.—Sí, sí, está bien... *(Se va Casilda por la derecha. Todos quedan sumidos en una tristeza que da espanto. Hay una pausa pequeña, que rompe Angel.)*

ANGEL.—¿Habéis oído a mi cuñadito? *(Todos asienten con la cabeza.)* ¿Y qué os parece?

JESÚS.—Que ese tío, en vez de vender sopa, debía vender hígado.
JACOBA.—No tiene corazón.
MARINA.—Ni sentimientos.
FUENCISLA.—Ni caridad.
LUCÍA.—El señorito Angel lo dijo: es un negrero.
ANGEL.—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Porque ya habéis oído, que no nos acordemos ni del santo de su nombre.
JESÚS.—Dejarle que se muera en un rincón de asco.
ANGEL.—Todo eso está muy bien; pero es que no ignoráis. y si lo ignoráis os lo digo yo ahora, la situación angustiosa en que nos encontramos.
JACOBA.—Como que estamos con el agua al cuello.
ANGEL.—¿Con el agua al cuello? A mí ya me está entrando por las narices. Debemos a todo el mundo. El panadero está que no se le pueden dar ni los buenos días; el carnicero nos mira como si fuésemos unas piltrafas, y el carbonero está negro: le debemos más cisco que el que se va a armar en esta casa.
JACOBA.—Tú dirás. Para salir de nuestra apurada situación, no había más que dos caminos: el cerdo de Aniceto o el dinero de tu padre. Lo de Aniceto, ya lo acabáis de ver; en cuanto a tu padre, no se ha dignado contestar a las veinticuatro cartas que le has escrito.
FUENCISLA.—Y me choca, porque yo siempre he sido el ojo derecho de mi padre.
ANGEL.—Pues ha guiñado el ojo, o no ha recibido las epístolas.
MARINA.—Por lo menos, las dos últimas, recuerde usted que las certificamos.
FUENCISLA.—Total, que no hay solución. *(Por la derecha entra* CASILDA *con una carta en la mano.)*
CASILDA.—Con permiso. He subido, porque el ordinario de Segovia, que está abajo, trae una carta, que dice que es mu urgente, para la señorita Fuencisla; me dice que le dispense de subir, porque esto está más alto que el Acueducto de su tierra, y como está medio baldao del ruma...
JACOBA.—¡Pobrecillo!
CASILDA.—Y que haga usté el favor de poner una nota de su puño y letra dándose por recibida la carta. De modo que si a ustés les parece me espero, o me la echan por el hueco de la escalera.
LUCÍA.—Yo la bajaré.
CASILDA.—Pues si no mandan ná más.
JACOBA.—No, nada.
ANGEL.—Y gracias por los ciento veinte escalones, Casilda.

CASILDA. *(Haciendo mutis.)*—Ya estoy acostumbrá.
JACOBA.—¡Carta de Segovia!
FUENCISLA.—Será de mi padre.
ANGEL.—Anda, lee, lee.
MARINA.—A ver qué le dice.
FUENCISLA. *(Rompiendo el sobre y leyendo.)*—Segovia, etcétera, etc.
ANGEL.—Etcétera, etc. Al grano.
FUENCISLA. *(Leyendo.)*—¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi vida! ¡Hija única!
JACOBA.—¡Hija, qué manera de escribir!
ANGEL.—Hija de la costumbre. Anda, sigue.
FUENCISLA. *(Leyendo).*—Cuando me escribiste dándome cuenta del disgusto de tu tía con su marido, y de que te habías ido con ella y con Angel, y que lo pasabas menos aburrida, me entró una gran alegría, porque me dije: a ver si así se le quita de la cabeza esa manía de encerrarse en el convento: ya sabes que siempre he sío contrario a ello, y que si he consentido, ha sido por temor a que cayeses enferma o que hicieses una tontería...
JACOBA. *(A Angel.)*—Muy razonable, ¿verdad?
ANGEL.—Sí; pero a nosotros, las razones no nos solucionan nada.
FUENCISLA. *(Continuando la lectura.)*—Después, en las otras que fuí recibiendo, aumentaste mi alegría. Me hablabas de que la tía Jacoba era tan buena, de que tío Angel era tan gracioso...
ANGEL.—¡Eso está bien!
FUENCISLA. *(Leyendo.)*—Y como no me decías nada de entrar en el convento, me dije: Ha desistido, y eso se lo debo a Jacoba y Angel.
ANGEL.—Favor que nos hace.
FUENCISLA. *(Leyendo.)*—Y me ahorra las cinco mil pesetas.
ANGEL.—Favor que nos hace.
FUENCISLA. *(Leyendo.)*—Pero tus dos últimas cartas, han echado por tierra mi alegría. Insistes en dejarme solo, me pides el dinero, me anuncias que no puedes esperar ni un día más... Está bien, hija mía. Preséntate con esta carta en el almacén de paños segovianos de Salustiano Revenga, Relatores, 45, y te entregará las cinco mil pesetas para el dote. Tienes veinticinco años cumplidos y debes saber lo que haces, pero ten en cuenta que yo pierdo una hija, tú pierdes un padre...
ANGEL.—Y nosotros perdemos un tiempo precioso, porque ya debíamos estar en Relatores, 45.

FUENCISLA.—Un padre que lo es, Eusebio. ¿Qué les parece?

ANGEL.—Pues lo primero, que le acuses el recibo, porque el del ruma está en la portería, y con la humedad que hay... Y después... ¿A qué hora abren los comercios?

JESÚS.—A las ocho de la mañana.

ANGEL.—Pues hay que levantarse a las siete.

FUENCISLA *(Dirigiéndose a la mesa.)*—Entonces voy a contestarle.

ANGEL.—No, en esa mesa, no, porque tiene también ruma; lo mejor es que entres en mi alcoba; sobre la mesilla de noche tienes papel y una Waterman que me costó seis pesetas.

FUENCISLA.—Sí, sí; mejor es. *(Entra en la segunda izquierda.)*

JACOBA. *(Con una gran alegría.)*—¡Cinco mil pesetas!

JESÚS *(Idem.)*—¡Cinco mil pesetas!

JACOBA. *(Dudando.)*—Oye, Angel, ¿a ti te parece que ella debía contestar, o no?

ANGEL.—Indudable. A un hombre que manda cinco mil plumas, no se le puede dejar de escribir.

JACOBA. *(Suspirando.)*—¡Ay! ¡Si esta tonta desistiese de la idea del convento!

MARINA.—A su padre le hacía feliz.

ANGEL.—Y a nosotros nos hacía un verano principesco.

JESÚS.—Y que aprieta que asfixia.

ANGEL.—Figuráos quince diítas nada más en una playa cualquiera, aspirando el yodo y sumergiéndonos en el líquido salobre.

JACOBA.—Con lo bien que me sienta a mí el yodo.

JESÚS.—Y a mí el salobre...

MARINA.—En San Sebastián, por ejemplo.

ANGEL.—No está mal. San Sebastián... Santander...

JESÚS.—A mí me parece que, de decidirse, lo mejor es Biarritz.

ANGEL.—Ole. No has dicho ninguna tontería. ¡Biarritz!

JACOBA.—¿Pero tú sabes francés?

ANGEL.—Yo, con dinero, sé hasta chino.

JESÚS.—¿Queréis que yo le hable?

MARINA.—No se canse usted; aquí, como no sea don Angel, no hay quien la convenza.

LUCÍA.—Seguro.

ANGEL.—¡Ah! Vosotras creéis...

JACOBA.—Y yo; si la chica, desde que está a tu lao, es otra.

MARINA.—Ahora, al menos, se ríe.

LUCÍA.—Y se divierte.

Jesús.—Y esta noche se ha bebido dos vasos de limoná.

Jacoba.—Te digo que revolotea alrededor de tus ocurrencias, como una mariposa alrededor de la luz.

Angel.—¡Ah!, pues la abraso.

Jacoba.—¿Cómo?

Angel.—Que se quema. Ahora, cuando salga, dejarme solo con ella, que poco puedo, o la chamusco.

Jesús. *(Mirando a la derecha.)*—Ahí viene.

Angel.—Pues ahuecar con disimulo; y tú *(A Lucía)*, bájale la misiva a la portera, y tarda en subir.

Lucía.—Comprendido. *(Por la izquierda sale* Fuencisla *con una carta en la mano.)*

Fuencisla.—¡Ea! Ya está; le mando un abrazo de la tía y otro tuyo.

Angel.—Míos has debido mandarle más; a mí siempre me sobran abrazos.

Jacoba. *(Impaciente.)*—Lucía, baja la carta, y nosotras, vamos a ver cómo ha arreglado Casilda las habitaciones. Esa mujer todo lo hace tan a la ligera... La mitad de los días, ni siquiera mulle los colchones.

Fuencisla.—¿Les ayudo?

Jacoba.—No, ¿para qué? No faltaba más. Tú estate aquí.

Jesús.—Yo sí voy, porque mullendo colchones, soy un hacha.

Angel. *(Echándolos.)*—Pues a mullir.

Jacoba. *(Haciendo mutis y aparte a Angel.)*—¡A ver esa gracia!

Marina. *(Idem.)*—¡Aver esa labia!

Jesús. *(Idem.)*—¡A ver los hombres!

Angel.—¡A ver si os váis! *(Hacen los tres mutis por la izquierda. Quedan solos Fuencisla y Angel. Hay un momento de pausa)* Fuencisla.

Fuencisla.—Tío Angel.

Angel.—Yo tengo necesidad de hablar contigo en serio.

Fuencisla.—¿En serio?

Angel.—Te parecerá mentira, ¿verdad? Pues no lo es: por primera vez en mi vida, voy a tirar mi carácter jocoso por la ventana para entrar en los tortuosos y amargos caminos vecinales de la vida. *(Aparte.)* Estoy de imágenes que ni San Francisco el Grande.

Fuencisla.—¡Me intrigas!

Angel.—Lo comprendo: y si tienes la amabilidad de sentarte y escucharme.

Fuencisla.—Con alma y vida. *(Se sienta.)* Ya te escucho.

Angel. *(En tono doctoral.)*—Hija mía: Yo no quisiera

herir tus sentimientos religiosos ni ponerme frente a tu vocación, pero una necesidad imperiosa hace que en estos momentos de verdadera angustia me atreva a darte un consejo.

FUENCISLA.—¿Un consejo?

ANGEL.—Un consejo que el de Ciento son cuatro gatos comparado con el mío. Sí, Fuencisla, las que deseáis desposaros con el Señor, no tenéis en cuenta que hay playas... digo plagas; plagas de necesitados que con una pequeña parte de lo que váis a dar de voto pasarían estos días abrasantes e irrespirables como los propios ángeles.

FUENCISLA.—¡Ah, vamos! ¿Me hablas de esta casa? ¿Te refieres a la angustiosa situación en que os encontráis?

ANGEL.—¿A qué negártelo, Fuencisla? Tú lo sabes igual que nosotros.

FUENCISLA.—Verdaderamente: y me acuso de no habérseme ocurrido... Sí, si yo no debí esperar a que tú...

ANGEL.—Eso no, sobrina... Tú no tienes ninguna obligación.

FUENCISLA.—Sí, la tengo; aparte del parentesco que nos une, yo no puedo olvidar que los únicos ratos felices de mi vida los he pasado al lado de vosotros, sobre todo al tuyo; que la poca vida que conozco la he conocido por ti... que...

ANGEL (*Deteniéndola.)*—A eso iba. ¿Qué prisa tienes por encerrarte? Grande es tu vocación, pero lo será más el día que conozcas un poco más la vida, que entres de lleno en este cochino mundo para que lo aborrezcas con más ansia cuando profeses. ¡Ah, tú qué sabes lo que es este miserable planeta! ¡Qué de envidias! ¡Qué de mezquindades! ¡Qué de traiciones! Vive unos días más la vida mundana, Fuencisla. Vívela para aborrecerla y caer después en los brazos de Dios, más convencida de que aquélla es la verdadera verdad, una verdad más grande que la Cateral de Burgos. *(Aparte.)* Bueno, suelto este latiguillo en el Español y se viene abajo el teatro.

FUENCISLA.—Sí, sí, tienes razón.

ANGEL *(Aparte.)* ¡Ya es mía! *(Alto.)* ¿Cómo que la tengo? Meterte en un convento en pleno verano con el calor que hace, es una insensatez. Huye a las playas veraniegas, remoja tu cuerpo en las azuladas aguas del Cantábrico, y luego en el invierno, cuando aparezcan las lluvias y el frío arrecie, al convento, que allí se está como los ángeles.

FUENCISLA.—Sí, sí, todo está bien, pero ¿y el dinero?

ANGEL.—¿El dinero? ¿No tienes cinco mil pesetas para la dote? Pues gástate mil este verano y da cuatro. Al Se-

ñor lo mismo le dan mil pesetas más que menos. El Señor lo que agradece es la intención.

FUENCISLA.—¡Ah, claro que sí! ¿Y dices que al Cantábrico?

ANGEL.—Al Cantábrico, al Mediterráneo, o al Mar Rojo... El caso es que te zabullas.

FUENCISLA.—¿Y vendrías conmigo?

ANGEL.—¡Fuencisla! La duda ofende. ¿Cómo íbamos a dejarte sola?

FUENCISLA.—¿Y dónde te parece que vayamos?

ANGEL.—A Biarritz.

FUENCISLA.—¡A Biarritz!

ANGEL.—Sí, es más mundano, más frívolo; allí encontrarás más motivos para odiar este mundo. ¡Hoteles suntuosos, mujeres inquietas, "champán" a todo pasto! ¡Un asco! Y no te digo nada de la playa; allí no hay reparo, allí no hay preocupaciones, allí no hay ni ropa; las bañistas apenas cubren sus encantos con un finísimo bañador sin hacer caso de las miradas de los curiosos... ¡Una vergüenza, Fuencisla; una vergüenza! Y luego por la noche, bailes, musi-hall, teatros... ¡Oh, qué vida más miserable!

FUENCISLA.—¿Y allí quieres llevarme?

ANGEL.—¡Claro¡ Pero quiero llevarte para que tome más firmeza tu resolución: no es lo mismo conocer un peligro de oídas que vivirlo; se sabe que los autobuses atropellan, pero hay que ponerse debajo para convencerse. *(Aparte.)* ¡Esta es una imagen que aplasta!

FUENCISLA *(Levantándose decidida.)* Pues por mi, cuando quieras.

ANGEL *(Levantándose.)* Mañana mismo. Yo no sé cómo hay gente que pueda vivir aquí en verano. *(Llamando.)* Jacoba, Marina, Jesús. *(Por la derecha salen los tres.)*

JACOBA. *(Abrazándole.)*—¡Angel! ¡Angel!

MARINA. *(Idem.)*—Ha estado usted superior.

JESÚS. *(Idem.)*—Chico, eres de una convicción que amodorra.

ANGEL.—¡Ah! ¿Pero habéis oído?

JACOBA.—Todo: ya comprenderías nuestra impaciencia.

LUCÍA. *(Saliendo por la derecha.)*—¿De modo que a Biarritz?

ANGEL.—¡Ah! ¿Pero tú también? *(Aparte.)* Si llego a fracasar me mondan. *(Alto.)* Pues sí, familia, dependientas y amistades; mañana temprano al comercio de Revenga y del comercio a Biarritz.

FUENCISLA.—¿Tú crees que habrá bastante con las mil pesetas?

JACOBA.—Tenemos que comprar algunas cosillas.

ANGEL.—Ultimamente, si no alcanza con las mil, se cogen cincuenta más o novecientas cincuenta más. ¡Si el Señor lo que agradece es la intención!

JESÚS.—Como que vale más una intención, ¡verdad!, que todo el dinero del mundo.

JACOBA.—Pues de intención es ésta millonaria.

FUENCISLA.—Lo importante es saber lo que cuestan los viajes.

ANGEL.—¡Ah, pues eso es facilísimo! Precisamente, tengo ahí en el cajón de la cómoda una guía de ferrocarriles. *(Se dirige a ella y la saca de un cajón.)* ¡Ahora veréis qué pronto lo sabemos! *(Ojeándolo.)* "Madrid Gijón", "Madrid Santander", "Madrid San Sebastián"; aquí está. ¿Queréis que vayamos por Avila o por Segovia?

JESÚS.—No, por Segovia, no; que nos puede ver el padre de ésta.

ANGEL.—Pues por Avila. ¿Cuesta...? En tercera, ¿verdad?

JACOBA.—Claro.

JESÚS.—Sliping tabla; es lo más socorrido.

ANGEL.—Pues en tercera, cuesta... A Valladolid, doscientos cuarenta y dos kilómetros... A Burgos, trescientos sesenta y tres. A San Sebastián, seiscientos cuarentiuno; pues cuesta..., cuesta un trabajo horrible llegar con los riñones en su sitio.

FUENCISLA.—Por segunda, después de todo...

ANGEL.—Segunda verdad. Pues en segunda cuesta sesentiocho-cincuenta.

JACOBA.—¡Sesentiocho cincuenta!

ANGEL.—Esperarse, esperarse, que aquí hay una llamada. *(Leyendo.)* Los billetes ordinarios tendrán un aumento del quince por ciento en los trayectos señala el Real Decreto de dieciocho de mayo de mil novecientos dieciocho; véase página doscientas cuarentidós.

JESÚS.—A ver, a ver qué trayectos son esos.

ANGEL. *(Ojeando la guía.)*—Doscientos treintiocho, doscientos cuarenta, doscientos cuarentidós. Aquí está. Real decreto: *(Leyendo.)* "El quince por ciento de aumento en los billetes ordinarios se entenderá no comprendidos durante la temporada de baños que determina la Real orden de veinticuatro de agosto de mil novecientos dieciocho; véase página doscientas ochenticuatro."

JACOBA.—A que nos vamos a tener que leer toda la guía.

JESÚS.—Si es que ese no sabe; eso hay que buscarlo en "Observaciones", trae y verás. *(Le quita la guía y la ojea.)* Vea, aquí está. *(Leyendo.)* "Observaciones de la línea Madrid-Hendaya."

FUENCISLA.—¡Gracias a Dios!

JESÚS. *(Leyendo.)* Mixto número quinientos cuarentidós. Otro mixto, otro mixto, otro mixto... Pues no veo.

ANGEL.—¿No ves con tanto mixto?

JESÚS.—No veo el tren nuestro... Ah, aquí está. Correo exprés, setecientos treintiuno, este tren deja a los viajeros en Rentería, los cuales deberán empalmar con el ferrocarril eléctrico de San Sebastián a Hendaya, y de llegar con retraso; véase página trescientos once.

ANGEL.—Otra paginita. Trae a ver qué es lo que hay que hacer si llegamos con retraso a Rentería. *(Ojea y lee.)* Visiten la fábrica de galletas y esperen hasta la llegada del tren doscientos catorce a la mañana siguiente.

MARINA.—Bueno, pero ¿qué es lo que cuesta ir donde vamos?

ANGEL.—Pues hija, ya lo ves; cuesta mes y medio para estudiar la guía.

JACOBA.—Lo mejor es que nos hagamos un kilométrico.

ANGEL.—Acordao.

JESÚS.—Pues en celebración del acuerdo debíamos meterle mano a las sandías.

ANGEL.—No está mal, pero antes, debíamos tomar alguna cosilla porque la sandía llena, pero no asimila, fluye nada más.

JACOBA.—Pues hijo, como nos fuimos a la verbena, no nos hemos preocupao de cena.

ANGEL.—Y eso qué importa; yo seguramente tendré algo. *(Se dirige a la ventana.)*

JESÚS.—¿Dónde vas?

ANGEL.—Aquí, a la despensa.

JESÚS. *(Siguiéndole.)*—Oye, ¿pero es que tienes en el tejao?

ANGEL.—Ya sabes que yo siempre pico alto. *(Asoma la cabeza, mira y dice:)* ¡Como me lo figuraba! Veremos qué plato del día es esta noche. *(Alarga el brazo y lo vuelve a sacar con un plato con comida.)* Esto parece bonito en escabeche... y huele que da gloria. ¿Gustáis?

FUENCISLA.—No, gracias.

JACOBA.—Para ti, hijo.

JESÚS.—Oye, dame a mí un poco.

ANGEL. *(Comiendo y alargándole el plato.)*—Coge ese trozo.

JESÚS. *(Cogiéndolo y comiendo.)*—Está riquísimo.

JACOBA.—Es bonito, ¿verdad?

JESÚS. *(Comiendo.)*—¡Es precioso!

SISENANDO. *(Entrando por la derecha.)*—Ustedes perdonen que les moleste a estas horas.

JACOBA.—¡Caramba, nuestro vecino!
MARINA.—Don Sisenando.
SISENANDO.—Suponía que estaban ustedes cenando.
JACOBA.—¡Sí, cenando! Tú, Lucía, alárgale aquel cajoncito imperio.
ANGEL.—O que se siente en la "cheslón" de Málaga.
SISENANDO.—¿De Málaga?
ANGEL.—Sí, esos dos cajones que nos enviaron con pasas...
SISENANDO.—¡Ah, ya! Pues no se molesten, venía solamente a hacerles una pregunta.
ANGEL.—Interrogue el vecino cuanto quiera. (*Siguen comiendo.*)
SISENANDO.—¿Ustedes tienen gato?
JACOBA.—No, señor.
SISENANDO.—Lo pregunto porque ya hace varios días que ando a la busca y captura de uno que todo lo que dejo al fresco, en el tejado, se lo come.
FUENCISLA.—¿Es posible?
SISENANDO.—Como usted lo oye.
JESÚS.—¡Caramba con el minino!
ANGEL. (*Riendo.*)—Ha resuelto el problema de las subsistencias.
SISENANDO.—Qué, ¿les parece a ustedes bonito?
ANGEL.—Desde que lo hemos empezado a comer...
SISENANDO.—¿Cómo?
ANGEL.—Desde que le hemos empezao a escuchar, he querido decir, estamos asombrados.
JESÚS.—¡Vaya un gato vivo!
SISENANDO.—¿Vivo? Dentro de poco puede que no lo sea, porque yo, en la imposibilidad de echarle el guante, he ideado una cosa que de esta hecha les juro a ustedes que no vuelve a robarme nada.
MARINA.—¡Ah! ¿Sí?
SISENANDO.—Naturalmente. Ya saben ustedes que yo soy droguero.
JACOBA.—Por muchos años.
ANGEL.—Salud y pastillas.
SISENANDO.—Bueno, pues he preparado un compuesto de estricnina, cianuro y otras cosillas por el estilo, que el animalito va a rabiar de un modo como si le exigieran el pago de la cédula con recargo. (*Riendo.*) Ha sido una ocurrencia, ¿verdad?
ANGEL.—Graciosísima.
JESÚS.—Pa tumbarse.
JACOBA.—¿Y cómo se lo piensa usted dar, en bolitas de carne?

SISENANDO.—Cá, se lo he preparado en unos trozos de bonito en escabeche que dejé esta tarde ahí en la repisa de la ventana.

ANGEL. *(Palideciendo.)*—¡Mi santa madre!

JESÚS. *(Idem.)*—¡Mi venerable abuela!

JACOBA. *(Idem.)*—¡Mi hermano de mi alma!

SISENANDO.—Conque ya saben ustedes; si oyen un lastimero maullido seguido de un grito agónico, recen por el alma de ese Luis Candelas con rabo. Buenas noches. *(Aparte.)* Lo de la comida ya está solucionao, y en cuanto a lo de mi mujer, no creo que hoy la maulle, pero si la maulla se va a estar unos días rascando. *(Mutis derecha.)*

JACOBA.—¿Habéis oído?

ANGEL.—Lo he oído, y eso que ha hecho con el bonito es de lo más feo que se conoce.

JESÚS.—¿No será una martingala de ese herbolario?

FUENCISLA.—¿Vosotros sentís algo?

ANGEL.—Yo no sé si será aprension, pero desde que ese potinguero ha dicho lo de la estricnina, no sé qué siento aquí... *(Por el vientre.)*

JESÚS.—Oye, puede que sea aprensión, pero yo también lo siento.

ANGEL.—Por sí o por no, lo urgente es avisar a un médico y que os den un contraveneno.

ANGEL.—Sí, sí... Porque yo me pongo muy malo.

JACOBA—No me lo digas, Angel.

JESÚS.—Nos va a estropear lo de Biarritz.

ANGEL.—Y tanto. ¿Cómo me meto yo en el mar haciéndome daño el bonito? *(En este momento entra por la derecha* ANICETO *seguido, como siempre, de* FIDELIO.)

ANICETO.—Perdonar, pero vengo a recoger un sobre con doscientas pesetas que dejé sobre la mesilla de noche de ese desbaratador de la risa, cuando creía que estaba malo.

ANGEL.—Y me estoy muriendo.

JESÚS.—Y yo.

ANICETO.—Del estómago, ¿verdad? ¿Por lo visto sigue el truco?

JACOBA.—Aniceto, esta vez te juro que no te engañamos.

FUENCISLA.—Sí, tío, sí, es verdad; están gravísimos.

MARINA.—Están envenenados.

FIDELIO. *(Aparte.)*—¡Mi madre! ¡Y yo que creí que era una parodia!

ANICETO.—A ver, a ver, ¿cómo es eso?

JACOBA.—Pues verás...

ANICETO.—No; ésta *(por Fuencisla)*, que me lo diga ésta.

FUENCISLA.—Pues que se han comido unos pedazos de

bonito en escabeche que estaba preparado con estricnina para que rabiase un gato.

ANGEL.—Sí, Aniceto, sí, y no maullo porque no creas que te tomo el pelo.

JACOBA.—Por el amor de Dios, Aniceto, corre por un médico.

FUENCISLA.—Que traigan un contraveneno.

MARINA.—Aquí, a la vuelta; en la Policlínica...

FIDELIO. (*Recordando.*)—¡Ah, sí! ¡Pontejos!

LUCÍA.—Sí, sí; ese.

ANICETO.—¿Ese que tiene un carácter de fiera?

MARINA.—¡Pero es un sabio!

ANICETO.—Pues voy por él. Pero conste que voy por él porque me lo ha jurado ésa (*por Fuencisla*); que por vosotros... Vamos, os veo mordiendo las paredes y me creo que es una chufla.

FUENCISLA.—Por Dios, no pierda tiempo.

ANICETO.—Vamos, Fidelio.

FIDELIO. (*Siguiéndole.*)—¡Y yo que me creí que estaban de juerga siempre! (*Hacen mutis por la derecha los dos.*)

ANGEL.—¡Dios mío, que no tarde en volver con el médico, porque se me está poniendo un sabor en la boca como si me hubiera tragado un duro en calderilla.

CASILDA. (*Entrando.*)—Doña Jacoba. Don Angel.

JACOBA.—¿Ocurre algo?

CASILDA. (*Mirándolos.*)—¡Ah! ¿Pero no han rabiado ustés entoavía?

ANGEL.—¿Le corre a usted prisa?

CASILDA.—Lo que me corre prisa es decirles que no rabie..., porque tó eso del veneno es mentira.

ANGEL y JESÚS. (*Dando un salto.*)—¿Cómo?

LAS CUATRO.—¿Eh?

CASILDA.—Mentira. Acaba de decirme el droguero: "Menudo susto les he pegao a los vecinitos. De esta hecha no me quitan más cosas..."

JESÚS.—¡Habrá tío sinvergüenza!

JACOBA.—¿De modo que ha sido una farsa?

CASILDA.—Según él, ha sío una prueba.

ANGEL.—Pues esas pruebas se hacen con un gato.

FUENCISLA.—¡Ay, gracias, gracias, Virgen Santa!

MARINA.—¡Ay, qué alegría!

LUCÍA.—¡Qué felicidad!

ANGEL.—¡Sanos, salvos y a Biarritz!

JESÚS.—¡Viva la alegría!

JACOBA.—¡Viva la mar!

TODOS. (*Cantando y saltando.*)—¡A la mar! ¡A la mar!

(Entran por la derecha ANICETO, FIDELIO *y* PONTEJOS *y un* PRACTICANTE *con varios frascos.)*

TODOS. *(Al ver el cuadro.)*—¡¡Eh!!

PONTEJOS.—¿Y para esto me ha traído usted poco menos que arrastra, diciéndome que me traía a un cementerio?

ANICETO.—Y le he traído a usted a un supertango.

PONTEJOS. *(Enfadado.)*—A mí no me gaste usted bromas. Yo soy un hombre muy serio.

ANICETO.—Como yo.

PONTEJOS.—Usted es un tarambana.

ANICETO.—¡Yo tarambana!

PONTEJOS.—Y ya es hora de que tenga usted formalidad. Idiota. Vamos, Frasquito. *(Hace mutis Pontejos, seguido del Practicante.)*

ANICETO.—¿Habéis oído? Tarambana... Idiota...

JACOBA.—Aniceto, yo te explicaré...

ANICETO.—No, si Pontejos tiene razón. Si soy un idiota al creer lo que me decíais en estas cartas; en éstas, que he debido hacer con ellas lo que hago ahora, pero sin leerlas, así... *(Rompe las cartas, se dirige a la ventana, tira los pedazos por ella y se queda en la misma ventana casi tapándola.)*

ANGEL.—Te juro que esta vez no ha sido una broma. Nosotros creíamos...

ANICETO.—No insistas, porque es inútil. Me habéis engañado una y dos veces; pero la tercera, "miau, marramamiau". *(Al acabar el maullido suena un tiro por la ventana, y Aniceto cae despavorido en brazos de Jacoba y Fuencisla.)*

ANGEL.—¡Zape!

JACOBA.—¡Aniceto!

FUENCISLA.—Tío Aniceto.

ANICETO.—Me han matao.

MARINA.—Pronto, un médico.

LUCÍA.—Pontejos, Pontejos.

ANGEL.—Voy a ver si lo cojo en la escalera. *(Mutis por la izquierda.)*

JACOBA.—¡Aniceto! ¿Estás herido?

ANICETO.—No sé. Me han debido tirar a tenazón por la espalda.

FIDELIO. *(Examinándolo.)*—Pues yo no le veo herida...

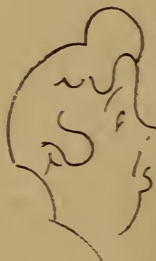
JESÚS.—Lo que tié usted es una mancha blanca... A ver, a ver... Si esto parece sal.

FIDELIO.—Sí, es sal.

ANICETO.—Si es sal, es de la gorda, porque a mí me escuece. *(En este momento entra por la derecha* ANGEL *con el ojo derecho amoratado, casi negro.)*

ANGEL.—¡Mi madre, qué tortazo me ha dao!
JACOBA.—Qué, ¿sube Pontejos?
ANGEL.—Si sube no quedan aquí ni las ratas.
FUENCISLA.—Pero, ¿qué te ha dicho?
ANGEL.—Pues me ha dicho: "Para que sepan ustedes con quién tratan y para que tenga usted más vista, ahí va." Y fijaros qué ojo.
JESÚS.—¡Qué bruto!
ANGEL.—Dice que él no sube aquí más que para una autopsia.
FUENCISLA.—Afortunadamente, lo del tío Aniceto no es de un peligro inmediato.
JESÚS.—Ha sido un tiro de sal.
ANICETO.—Y seguramente por tu culpa.
ANGEL.—¿Por mi culpa?
ANICETO.—Por tu culpa, sí; y no me negarás que esto del tiro no tiene gracia.
ANGEL.—No tiene gracia, pero tiene sal.

TELÓN RÁPIDO





PEDRO ZORILLA



Hall de un Hotel en Biarritz. Balaustrada al fondo, que dejará ver el mar. Primera izquierda del público, rompimiento, que figura que es la entrada. Segundo, una gran puerta, con su letrero, en el que se leerá claramente: "Paso a la Sala de espectáculos". Primer término derecha y segundo término, rompimientos que dan paso a las habitaciones del primero y a los demás pisos el segundo.

En el centro, una "chaisse-longue", mesita, butacas, sillas, etcétera; alfombra y demás muebles que den carácter.

(Al levantarse el telón están en escena JACOBA, MARINA, FUENCISLA, JESÚS *y* FIDELIO. *Las mujeres tienen el pelo cortado y visten con falda corta. Fuencisla está preparando una taza de café; Fidelio afilando una hoja de Gillette; Jesús observa el reloj. Dentro, por la parte de la sala de espectáculos, se oye un piano y un violín, que toca sin cesar hasta que lo indica el diálogo. Es de día. Mucha luz en escena.)*

FUENCISLA.—El café ya está listo.

JACOBA.—¿Está bien cargado?

FUENCISLA.—Está que se puede cortar.

JACOBA. *(A Fidelio.)*—¿Y tú cómo llevas el afilado de la "Gillette"?

FIDELIO.—Está que se puede cortar también.

MARINA.—Eso de tener que afeitarse bailando.

JACOBA.—¡Pobrecito hermano mío!

JESÚS *(Consultando el reloj.)*—Lleva un millón tres-

cientas ochenta y cuatro mil setecientas sesenta y seis vueltas.

FUENCISLA.—¡Qué horror!

MARINA.—¿Y cuántas tiene que dar?

JESÚS.—¡Incalculable! Figúrate que tiene que estar bailando hasta el sábado.

JACOBA.—¡Y estamos a lunes!

FIDELIO.—También la pobre Lucía lleva un tute...

FUENCISLA.—Como todas.

MARINA.—Yo estoy que me dejan de pie y me doblo como un Pinocho.

FUENCISLA.—Y menos mal que esto que tocan es más descansado: parece una habanera.

JACOBA.—¡Calla, hija, por Dios! Ayer me tocó a mí bailar con él un charlestón y acabé con las piernas que eran dos sacacorchos.

JESÚS.—Lo más extraño es la resistencia de ese hombre, porque, que yo sepa, él no se ha entrenao nunca en estos menesteres, y ¡hay que ver! ¡Lleva bailando noventa y seis horas seguidas!

FIDELIO.—Hasta doscientas cuarenta y una, diez minutos y veinticinco segundos, le falta...

JESÚS.—Le falta la respiración. Ya veréis como no llega.

JACOBA.—¡Pobrecito mío!

FUENCISLA.—Aquí llega. *(Por la izquierda sale* ANGEL, *vestido con un pijama color naranja o heliotropo o como le parezca mejor al actor, y chanclas, bailando con Lucía, que vestirá también de falda corta, pelo a lo garçon, etc., como las demás. Sale pálido, desfallecido. Da una vuelta corta, y al pasar dice:*

ANGEL.—Prepararme el café y el cambio. *(Vuelve a hacer mutis.)*

JACOBA.—¿Qué ha pedido?

JESÚS. Café y cambio.

JACOBA.—¿Pero es que le han dao ya algún billete?

FUENCISLA.—Cambio de pareja.

JESÚS.—Esa chica debe estar hecha cisco.

MARINA.—Eso no es nada. Yo, anteayer, estuve bailando "La Calesera" ocho horas seguidas.

FUENCISLA.—Pues yo estuve cinco horas con "La Canastera".

JESÚS.—Cuando yo la agarré, en Madrid, me duró quince días.

JACOBA.—¡Y pensar que todo esto lo hace por nosotros!

FUENCISLA.—¡Que lo diga usted! Por nosotros, que en nuestro afán de divertirnos, de gozar de la vida, hemos tirado materialmente el dinero.

JACOBA.—Primero se gastaron las mil pesetas; luego, otras mil; después, otras mil... y otras y otras... Total...

JESÚS.—Que no ha quedao para la dote más que la intención, como decía Angel.

FUENCISLA.—¡Bah! En eso no pensemos; se ha gastado, bien gastado está.

JACOBA.—Sí; pero es que desde que se terminó hasta hoy, llevamos cerca de un mes viviendo en el hotel sin tener un cuarto.

JESÚS.—Y luego, como se nos unió ese langostino.

FIDELIO.—Yo, la verdad, como vi que se pasaban ustés una vida tan alegre...

JACOBA.—El caso es que el dueño empieza a escamarse.

MARINA.—Que los camareros gruñen cuando les pedimos algo.

JESÚS.—Que las raciones son cada vez más cortas.

FUENCISLA.—Y que ni con mi padre ni con don Aniceto hay que contar para nada.

JACOBA.—Por eso, cuando vió que se daba un premio de seis mil pesetas al que resistiese bailando doscientas cuarenta y una horas seguidas, se agarró al baile como un náufrago a un tablón.

FUENCISLA. *(Con pena.)*—No sé por qué, pero me parece que no las resiste.

FIDELIO.—No sea usted pesimista.

JESÚS.—Ayer, a las siete, se afeitó.

FUENCISLA.—A las nueve y media tomó un par de huevos con un caldo.

MARINA.—Y a las doce se lavó los pies.

JESÚS.—Y todo sin dejar de bailar.

FIDELIO.—¿Pero cómo pudo tomar los pediluvios sin dejar de bailar?

JESÚS.—¡Toma! Porque le pusieron varias tinas alrededor y, aprovechando el chotis, hacía esto. *(Lo hace.)*

"Que no pué ser,
que no pué ser,

Se metía en la tina y decía, pisando en ella:

bailar el chotis
sin meter aquí los pies."

JACOBA.—Es que tiene un ingenio. Para cada cosa ha pedido un número de música diferente.

MARINA.—Para comer, ha pedido "Los cocineros".

FUENCISLA.—Para afeitarse, "El barbero de Sevilla".

FIDELIO.—Para cenar, "La venta de Don Quijote".

JACOBA.—¿Y para desayunarse?

JESÚS.—Para desayunarse ha pedío chocolate. *(En este momento se oye por la izquierda, donde se supone que está la sala de espectáculos, un gran rumor.)*

JACOBA. *(Alarmada.)*—¿Eh, qué es eso?

FUENCISLA. *(Mirando.)*—No sé.

FIDELIO.—Parece que traen a don Angel, desmayado.

JACOBA.—¡A mi hermano! *(Efectivamente, por la izquierda sacan a* ANGEL, *casi arrastras, entre* LUCÍA *y monsieur* ROQUEFORT, *éste de* smokins *y grandes gafas de concha.)*

ROQUEFORT. *(Indicando la "chaisse-longue".)*—Aquí; vamos a dejarlo aquí hasta que se le pase. *(Lo colocan.)*

FUENCISLA. *(A Lucía.)*—¿Pero qué tiene?

JACOBA. *(Idem.)*—¿Pero qué le ha sucedido?

LUCÍA. *(Que se ha dejado caer en una butaca, señala a monsieur Roquefort y dice, con voz ahogada.)*—Ese..., que lo diga ése... Yo no puedo ni hablar.

JESÚS.—Oiga usted, mesié Roquefort, ¿qué es lo que ha ocurrido?

JACOBA.—Sí; sáquenos usted de dudas, señor Roquefort.

ROQUEFORT. *(Que se habrá estado arreglando y limpiando el "smoking" y las gafas.)*—Nada, no es nada de particular: lo que se esperaba. ¡Un sujeto sin entrenamiento... sin costumbre!... ¡Lo que se esperaba!

JESÚS.—Bueno; pero ¿qué es lo que se esperaba?

ROQUEFORT.—¡Un desvanecimiento! ¡Un vahído! ¡Quizá un colapso! Acaso la muerte...

FUENCISLA.—¡Jesús, María y José!

JACOBA.—¡Morirse mi hermano!

FUENCISLA.—Un médico. ¿Por qué no se avisa a un médico?

JESÚS.—Claro. *(Dando palmadas.)* Camarero, garsón...

FIDELIO. *(Haciendo palmas también.)*—¡Garsón!

ROQUEFORT.—¿Pero no saben ustedes que se nos ha declarado toda la servidumbre en huelga y que los dos o tres que han quedado no dan abasto al trabajo?

JACOBA.—¡Pero es que ante un caso grave!...

ROQUEFORT.—Qué grave, ni qué tonterías... Eso, le pasará. Y si no le pasa, que no se hubiese comprometido a lo que no podía cumplir. Bueno; yo voy a anunciar que se da por terminado el espectáculo, y en seguida vuelvo, que tengo que hablar con ustedes, de parte del dueño. *(Hace mutis por la iquierda.)*

JACOBA.—¡Ah, pues algo hay que hacer, porque dejarlo morir así!...

MARINA.—¿Respira?

FUENCISLA.—Sí parece... Pero con trabajo, muy lentamente.

JESUS.—Ah, pues si respira así, vive.

FUENCISLA.—Usted cree.

JESUS.—Vive seis u ocho minutos más.

JACOBA.—¡Por Dios, Jesús!

FUENCISLA.—Ya parece que abre los ojos. *(Llamándole cariñosamente.)* Angel.

JACOBA. *(Igual.)*—Angel.

MARINA y FIDELIO.—Don Angel.

ANGEL. *(Como delirando.)*—¡Esa sala casi a oscuras... ese público que me devora con sus miradas... ese tango que tocan... La sala... el público... el tango... y todo a media luz...

JACOBA.—Angel, ¿cómo te sientes?

FUENCISLA.—¿Cómo te sientes?

ANGEL.—Como me siente, no me levanto más.

JESÚS.—¿Pero te pasa, verdad?

ANGEL. *(Haciendo un esfuerzo y sentándose.)*—¡Ay! No lo sé.

JACOBA.—¿Pero qué te ha pasado?

ANGEL.—¿Qué sé yo? Quizá Lucía pueda explicarlo...

LUCÍA. *(Desde el sillón.)*—A mí no me pregunten nada: yo estoy muerta.

ANGEL.—El caso es que yo iba bien; algo fatigado, pero bien. Recuerdo que era un pasodoble lo que se marcaba; sí... sí, un pasodoble; y recuerdo que al pasar junto al piano le supliqué que cambiase por otra cosa más lenta de cualquier zarzuela, y entonces, el pianista atacó la barcarola de "La Tempestad", y lo mismo fué atacar "La Tempestad", que caí como un rayo.

JESÚS.—Es que tú te has entregao de buena fe, y tós los campeones del mundo tienen sus martingalas.

JACOBA.—Pues claro.

JESÚS.—Los hay que se apoyan en la pareja y echan de cuando en cuando su sueñecito.

FUENCISLA.—Y eso has debido hacer tú.

ANGEL.—Si ya lo intenté; pero uno del público, que me vió dar una cabezada, me llamó burro.

MARINA.—¡Los hay salvajes!

ANGEL.—Y otra de las veces, cuando iba más cansado y algunos espectadores tenían cierta compasión de mí, oí una voz, que no me era desconocida, que gritaba *(Imitando la voz de Aniceto)*: "Dejarlo, que eche el pulmón."

JACOBA. *(Indignada.)*—¡Así hubiera él echado el hígado!

FIDELIO.—Pues habrá que oír ahora al publiquito.

JESÚS.—Te estarán quitando el pellejo.

ANGEL.—Por mí... que me quiten lo bailao; ya, me es lo mismo.

FUENCISLA.—Y para esto le hemos ofrecido una novena a San Vito.

MARINA.—¡La única esperanza, perdida!

JACOBA.—Esas seis mil pesetas eran nuestra salvación.

FUENCISLA.—Déjelo usted, tía; primero es él. Y si por mí hubiera sido, no se hubiese lanzado a esta aventura, que ha podido costarle la vida.

ANGEL.—Gracias, Fuencisla. Te debo, además de las cinco mil pesetas, una gratitud eterna; por ti, me dejaría picar de la tarántula, para seguir bailando.

JESÚS.—Lo malo es que ya, aunque volvieses a bailar, era inútil.

ANGEL.—Lo sé; he faltado a las condiciones impuestas; no he podido llegar al final. Yo creí que llegaría, y me he engañado.

JACOBA.—¿Y qué hacemos? Porque el gerente nos ha anunciado que tenía que hablarnos muy seriamente, de parte del dueño.

JESÚS.—Será pa echarnos a la calle.

FUENCISLA.—Y eso sería lo de menos. ¿Pero dónde nos cobijamos? ¿Cómo regresamos a Madrid?

ANEL.—Pues si ese es todo vuestro ahogo, respirad fuerte. Quizá resuelva la situación una idea que ya hace días vaga por mi mente y que tenía preparada, por si me fallaba lo del baile. Es un poco cruel; pero ante la necesidad...

FIDELIO.—Aquí viene mesié Roquefort.

ANGEL.—Pues dejarme solo con él, que ya os comunicaré el resultado. Este café estaba preparado para mí, ¿verdad?,

FUENCISLA.—Para ti y para Lucía.

LUCÍA.—Yo no quiero más que descansar, echarme en la cama.

JACOBA.—Como todos.

ANGEL.—Pues llevársela; llevársela y echarla, y vosotros también, echarse. Y si logro que no nos echen, me echaré yo también, que buena falta me hace.

FUENCISLA.—¡Por Dios, Angel, que no sea ninguna locura!

ANGEL.—Echate tranquila. *(Entre Jacoba y Marina se llevan del brazo a Lucía; los demás hacen también mutis por la derecha.)*

ANGEL.—Pidamos al moka fortaleza. *(Bebe, saboreándolo.)*

ROQUEFORT. *(Saliendo.)*—Qué, ¿se le ha pasado ya el desvanecimiento?

ANGEL.—Algo, sí, señor.

ROQUEFORT.—Lo siento.

ANGEL.—¡Caramba, amigo Gruyère!

ROQUEFORT.—Roquefort.

ANGEL.—¡Ah, sí, es verdad: Roquefort! Lo confundo siempre con Gruyère, porque como le veo cuatro ojos.

ROQUEFORT.—A lo que iba. Siento que se le haya pasado el vahído porque lo que tengo que comunicarle le va a privar del sentido otro ratito.

ANGEL.—¿Qué me narra?

ROQUEFORT.—Sí, señor Cabello. El dueño del hotel me ha enviado con una embajada.

ANGEL.—¿Se va usted a Ginebra?

ROQUEFORT.—Digo que me ha enviado con una embajada penosísima cerca de usted.

ANGEL.—Me lo supongo.

ROQUEFORT.—Dice que ya es mucho esperar, y que si hoy mismo no hacen ustedes efectivas las facturas, amén de plantarles en la rúe, tomará las medidas judiciales equivalentes al caso... ¿Usted me entiende?

ANGEL.—¡Pues no le he de entender, querido Roquefort, si habla usted el castellano mejor que yo!

ROQUEFORT.—Es que soy hijo de padres españoles.

ANGEL.—¡Ah, vamos! ¡Ya me extrañaba a mí!...

ROQUEFORT.—Mi padre era de Valdepeñas.

ANGEL.—¡Hombre, qué contraste! Su padre, manchego, y usted, Roquefort.

ROQUEFORT.—Así es.

ANGEL.—¿De modo que el dueño nos envía un ultimátum?

ROQUEFORT.—Rotundo e inquebrantable.

ANGEL.—Pues me alegro; me alegro porque, precisamente, le iba yo a enviar el mío, concebido en los siguientes términos: "Si usted no nos perdona la deuda y nos facilita además tres mil del ala para irnos a Madrid, le desacredito este negocio acuático-veraniego-cosmopolita."

ROQUEFORT.—Difícil me parece que usted pueda desacreditar una casa de tantos años...

ANGEL.—Nada más fácil. Estamos en plena temporada; el hotel está abarrotado de gente: gente bien, ansiosa de distracciones, de alegrías... Bueno; pues hágase usted cuenta del espectáculo que va a brindarles el cuarto número doce, que es el que ocupo, con siete suicidas.

ROQUEFORT. *(Alarmado.)*—¿Siete?

ANGEL.—Siete: servidor y las seis personas de mi séquito.

ROQUEFORT.—¡Eso no puede ser!

ANGEL.—¿Que no? De no llegar a un acuerdo, esta tarde, a la hora del te, seremos unas piltrafas; las señoras se colgarán, Fidelio se seccionará la tráquea y Jesús y yo nos levantaremos la tapa de los sesos.

ROQUEFORT.—¡Qué horror!

ANGEL.—¡Ah, pues no es eso todo!

ROQUEFORT.—¿Le piensa pegar fuego al hotel?

ANGEL.—Peor. El fuego, al fin y al cabo, todo lo purifica. Le pensamos dejar escrita una carta al juez... comisario o al que sea aquí el encargado de levantar los fiambres, diciéndole que ponemos fin a nuestra vida porque no podemos aguantar la comida que dan en este fonducho, que las camas están llenas de insectos, que la servidumbre es escasa y mal educada...

ROQUEFORT.—¡Ah, pero eso no lo creerán!

ANGEL.—El que esté aquí, no; pero el que vaya a venir... La carta la comentará la Prensa, y... sobre todo, mi querido amigo, el espectáculo de siete suicidas aterra un poco, y cuando vengan a levantar nuestros elegantísimos cadáveres no quedará aquí ni un viajero, ni un baúl, ni una maleta, ni una rata, que también decimos que las hay que parecen lulús.

ROQUEFORT. *(Aterrado.)*—¡Ah, no, no! Eso no es posible. ¡Qué espectáculo!

ANGEL.—¿No se lo decía yo a usted?

ROQUEFORT.—¡Cuatro colgadas! ¡Uno traqueteado!...

ANGEL.—Y dos destapados... Siete, no falla la cuenta.

ROQUEFORT.—¡Qué descrédito! Esto no puede ser y no será.

ANGEL.—En el bolsillo del dueño está evitarlo.

ROQUEFORT.—Y lo evitará, claro que lo evitará. Ahora mismo voy a hablar con él... ¿Dice usted que tres mil francos?

ANGEL.—Pesetas o, si gusta, dé la equivalencia; a mí me da lo mismo.

ROQUEFORT.—Está bien.

ANGEL. *(Aparte.)*—¡Triunfé! Voy a darles a ésos la noticia. ¡Van a saltar de alegría! *(Mutis por la derecha.)*

ROQUEFORT.—Este Cabello es el mismísimo diablo, y si lleva a cabo la amenaza, no cabe duda que favor no le hacen al establecimiento. ¡Siete suicidas! ¡Tiene que venir un carro de mudanza! *(Momentos antes entran por el foro izquierda* ANICETO *y* EUSEBIO.*)*

EUSEBIO.—Aniceto, yo no me oculto más. Voy a llamar a mi hija, y...

ANICETO.—Tú déjame a mí hacer y calla... Y, a propósito, ahí está nuestro hombre. *(Llegando hasta Roquefort.)* Amigo Cabrales.

ROQUEFORT.—Roquefort.

ANICETO.—Es igual: los dos tienen gusanos... Qué, ¿cómo está don Angel, después del fracaso terpsicoresco?

ROQUEFORT.—¡A dos dedos de la catástrofe!

ANICETO.—Me lo suponía. ¿Se fijó usted cuando grité, desde la puerta de entrada a la sala, ahuecando la voz: "Déjale que eche el pulmón."

EUSEBIO.—No sé cómo no te conoció.

ANICETO.—Pues ¿y cuando bailó con la Jacoba? Es decir, con la Jacoba; con esa niña fruta, porque habrás observao que se ha cortao el pelo, la falda y to lo cortable. Bueno; pues cuando salió con ella me dieron unas ganas de gritar: "Que se vaya esa castigadora"...

EUSEBIO.—Yo, la verdad, Aniceto; yo se lo perdono a tu cuñado todo, si, por lo que sea, ha logrado hacerle desistir a mi hija de su propósito de profesar.

ANICETO.—Tu hija, como siga un momento más con ese sinvergüenza, acaba en telonera. Afortunadamente, ya no tienen salvación, porque ¿quién les saca de este apuro?

ROQUEFORT.—Seguramente, el dueño.

ANICETO.—¿El dueño?

ROQUEFORT.—El dueño, que les va a perdonar la cuenta y les va a dar tres mil pesetas para que se vayan a Madrid.

EUSEBIO.—¡Es posible!

ANICETO. *(Asombrado.)*—¡Mi madre! ¿Pero qué habrá inventado ese golfo para que el dueño...?

ROQUEFORT.—¡Un invento macabro!

ANICETO.—¡Basta! Lo adivino. Es de su repertorio. ¿Se van a colgar, verdad?

ROQUEFORT.—Las cuatro señoras, sí. El jovencito se secciona la nuez, y ellos dos se levantan la tapa de los sesos. Además, dejan escrita una carta diciendo que se matan porque no pueden soportar ni las comidas, ni el trato, ni nada de este hotel.

ANICETO.—¡Bueno; es genial!

ROQUEFORT.—¡Figúrense ustedes el espectáculo!

ANICETO.—¿Y usted se lo ha creído?

ROQUEFORT.—¿Yo?... Como están tan desesperados...

ANICETO.—Amigo Roquefort, no le creía a usted tan amplio de laringe como para tragarse una bola de ese tamaño.

ROQUEFORT.—¿Usted cree que lo del suicidio es una...?
ANICETO.—Bola; sí, señor.
ROQUEFORT.—¿Y lo de la carta?
ANICETO.—Bola, Roquefort, bola. Mire usted, yo no tengo inconveniente en depositar en la caja de la casa cinco mil, seis mil, las pesetas que sean, para tranquilizar a ustedes; es decir, que todos los gastos que hayan hecho y que hagan, los tienen ustedes seguros. Pero han de ayudarme a darles una lección a esos idiotas.
ROQUEFORT.—Si no va en perjuicio del establecimiento...
ANICETO.—Al contrario, le voy a hacer un favor.
ROQUEFORT.—Ah, pues siendo así...
ANICETO.—Venga usted con nosotros y le explicaré al dueño de lo que se trata. *(A Eusebio.)* Y tú no te preocupes y déjame hacer.
EUSEBIO.—Es que yo, la verdad, Aniceto, me he contenido por ti; pero...
ANICETO.—Pues contente otro poco, que no te irá mal. Ande usted, vamos: es cuestión de unos minutos nada más.
ROQUEFORT.—Sí, porque yo he quedado en traerle la contestación.
ANICETO.—Pues se la va usted a traer en seguida. *(Hacen mutis por la primera izquierda. Salen por la derecha, con aire triunfal,* ANGEL, JACOBA, FUENCISLA, MARINA, LUCÍA, JESÚS *y* FIDELIO.)
ANGEL.—¿Os convenceréis de que, en la vida, lo último es entregarse?
JACOBA.—Sí que tienes razón.
ANGEL.—Si yo, después de mi fracso como bailarín de resistencia, me entrego, ¿qué pasa? Pues que a estas horas estamos en plena rúe y tal vez en la Comisaría, acusados de estafadores.
FUENCISLA.—¡Qué horror!
ANGEL.—Y ahora, ya lo veis: la cuenta, perdonada; tres mil leandras para viajes y gastos superfluos, y hasta es probable que vayan a la estación a despedirnos calurosamente el dueño, gerente y dependencias de la casa.
FUENCISLA.—Eso ya es demasiado.
ANGEL.—¿Demasiado, después del favor que le hacemos?
JESÚS.—Pues claro que sí. Y tú lo que has sido es demasiado bueno pidiendo nada más que tres mil pesetas.
JACOBA.—Es que este hermano mío siempre ha tenido mucha conciencia.
ANGEL.—Qué queréis, soy así; no me gusta abusar. Nunca he hecho aprecio del dinero.
FIDELIO.—Por eso no lo tiene usted.
ANGEL.—Teniéndolo otros, ¿qué falta me hace?

MARINA.—Entonces, ¿nos iremos en seguida?

ANGEL.—En seguida... En seguida que venga el gerente con el dinero. Que nos aten los baúles, que nos avisen el coche y que nos preparen unos fiambres para el tren, ¿no os parece?

JACOBA.—Pues claro.

FUENCISLA.—Pero sin abusar.

ANGEL.—¡Abusar, nunca! Ya me conoces... Unos pollos asados..., algo de ternera mechada..., jamón en dulce..., una tripa de salchichón de Lyón, queso, fruta, pan, un termo con café con leche y unas cuantas botellas de Burdeos...

JESÚS.—¿Y por qué no de Champán?

ANGEL.—Porque no me gusta...

JESÚS.—Siendo así...

ANGEL.—Porque no me gusta abusar, ya lo has oído.

LUCÍA.—Aquí viene el gerente.

ANGEL.—Pues sentarse, sentarse y aparentar cierta indiferencia, como si la vida os fuese un estorbo. *(Se sientan indistintamente. Angel se sienta también en primer término, adoptando una actitud cómica.)*

ROQUEFORT. *(Saliendo.)*—Señores...

ANGEL.—¿Qué hay, mi distinguido Villalón?

ROQUEFORT.—Roquefort.

ANGEL.—Ah, sí. Perdone; pero es que no tengo la cabeza para nada; me voy de un "fromage" a otro sin querer...

ROQUEFORT.—Lo comprendo: está usted cansado de la vida.

JESÚS.—Estamos todos.

TODOS.—Todos.

ANGEL.—Créame usted que si no fuera por hacerle un favor al dueño.

JESÚS.—Yo, por mí, no se lo hacía.

ANGEL.—No hay que ser tirano, Jesús. El dueño merece que hagamos por él este pequeño sacrificio. Apuesto a que cuando le ha llevado usted la noticia se le habrán saltado las lágrimas?

ROQUEFORT.—Se ha echado a reir.

TODOS. *(Asustados.)*—¡Eh!

ANGEL.—¡A ver, a ver! ¿Dice usted que el dueño?...

ROQUEFORT.—El dueño, después de oír la fiel transcripción del trágico relato que usted me hizo, lanzó una carcajada...

JESÚS.—¡Mi madre!

ROQUEFORT. *(Continuando.)*—Se arrellenó en el sillón y me espetó lo siguiente: "Dígales usted a esos siete oposito-

res a cadáveres que pueden hacer lo que gusten: que se cuelguen las señoras, que se levanten la tapa los caballeros y que se seccione la nuez el pequeñajo.

FIDELIO. *(Indignado.)*—¡Que se la seccione una tía suya!

JACOBA.—¿De modo que nuestra muerte no le impresiona?

ROQUEFORT.—Dice que para lo que sirven ustedes en esta vida...

ANGEL.—Pero ¿y la carta? ¿La carta desacreditando el establecimiento?

ROQUEFORT.—Dice que ya procurará él quitársela antes de que venga el comisario, aprovechando que está usted muerto.

ANGEL.—¡Qué tío vivo!

MARINA.—A que vamos a tener que matarnos de verdad.

JESÚS.—Sería una broma pesada.

FUENCISLA.—Está visto que no hay solución.

ROQUEFORT.—Hay una, que respondo que aceptará el dueño y que salvaría a ustedes.

TODOS.—A ver, a ver.

JESÚS.—Sí, hable usted... Porque eso de quitarse de en medio...

ROQUEFORT.—Como, por causa de la huelga del hotel, está sin servidumbre y hay mucho ajetreo, pueden quedarse como criados, y del sueldo, que es bastante decente, amortizar la cuenta, quedando en favor de ustedes, para el día que se marchasen, las propinas, que sumarían un pico, puesto que son ustedes siete y hay clientes que suelen dar hasta cien francos.

ANGEL. *(Anonadado.)*—¿Qué os parece?

JACOBA.—Tú dirás.

FUENCISLA.—Yo, la verdad...

MARINA.—Eso de servir...

LUCÍA.—A mí me da lo mismo.

FIDELIO.—Y a mí.

ANGEL.—Claro; vosotros, es lo que habéis hecho toda la vida...

JESÚS.—Después de todo, si no hay otro recurso, qué se le va a hacer... Porque eso de darnos el golletazo... Además, que aquí no nos conoce nadie... Si fuese en Madrid, ya sería otra cosa.

ANGEL.—Sería un choteo horroroso.

FUENCISLA.—Tiene razón Jesús. Aquí nadie nos conoce y puesto que no hay otro remedio... Ahora, que haría falta conocer...

ROQUEFORT.—¿Las obligaciones de cada uno? Muy justo

Usted *(por Angel)* será el camarero encargado de este hall.

ANGEL.—¿De frac, verdad?

ROQUEFORT.—De frac, calzón corto y media encarnada.

ANGEL.—¿No me tomarán por la sota de oros?

ROQUEFORT.—Es el uniforme que da la casa. Usted *(a Jacoba)* se encargará de hacer todas las camas del hotel.

JACOBA.—¿Y hay muchas?

ROQUEFORT.—Trescientas sesenta y cinco.

ANGEL.—Entonces, tarda un año; porque ésta no hace más de una cama por día.

JACOBA.—Yo puedo hacerme siete u ocho...

JESÚS.—Sí, pero a la novena no llega.

ANGEL.—Se le hace tarde.

ROQUEFORT.—Eso, ella verá. Usted, señorita *(a Marina)*, puesto que sabe escribir a máquina, prestará sus servicios en el *comptoir*, y ustedes dos *(por Fuencisla y Lucía)* quedarán como camareras.

JESÚS.—Oiga usted, ¿y yo?

ROQUEFORT.—Usted, abajo.

JESÚS.—Abajo, ¿pa qué?

ROQUEFORT.—De mozo de entrada; para subir los baúles.

JESÚS. *(A Angel.)*—¿Estás oyendo? Me quiere hacer cargar con los baúles.

ANGEL.—Siempre te he dicho que éste era un tío cargante.

ROQUEFORT.—Y en cuanto al pequeño...

FIDELIO.—¡Y dale con el pequeño!

ROQUEFORT.—Le daremos una caja de limpiabotas y que se dedique a limparlas por todo el Hotel.

FIDELIO.—¿Yo de limpiabotas?

ANGEL.—No te quejes, que te han dado el cargo de más brillo.

ROQUEFORT.—Conque ustedes dirán. Si aceptan, desde éste momento les corre el sueldo.

ANGEL.—El caso es que yo de calzón corto...

JESÚS.—Y yo subiendo baúles...

FUENCISLA.—Nada de vacilaciones: ¿no hemos quedado en que no hay más remedio?

JACOBA.—Tienes razón, hija. *(A Roqucfort.)* Dígame usted ué hay que hacer.

ROQUEFORT.—Pues el señor *(por Jesús)* que se vaya a la puerta de entrada a las órdenes del conserje por si hace falta. Este *(por Fidelio)*, en la misma Conserjeria puede recoger los útiles de limpieza. Usted *(a Marina)*, al *comptoir*. Usted *(por Angel)*, arriba le darán el traje que le esté más ajustado; ahora, por el momento, no puede

usted pedir gollerías. Usted *(a Jacoba)* tendrá que dedicarse al arreglo de las habitaciones y cambiar algunos colchones, y ustedes *(por Fuencisla y Lucía)* ya les indicarán sus servicios.

ANGEL.—¿De modo que yo me visto?...

ROQUEFORT.—Y con gran rapidez, porque tiene usted que servir en seguida una fuente de surtido a aquellos suizos que están allí en el mirador. *(Señalando a la izquierda.)* Hace más de media hora que la tienen pedida. Conque cada uno a su obligación y a ver cómo se cumple.

JESÚS.—Bueno, pues hasta luego... ¡Maldita sea!

JACOBA.—No te preocupes, hombre; si aquí nadie nos conoce.

ANGEL.—No, y a mí, conforme me van a vestir, no me vais a conocer ni vosotros. *(Jesús y Fidelio hacen mutis por la izquierda primera. Los demás, por el foro derecha. Apenas han hecho mutis salen por la segunda izquierda* ANICETO *y* EUSEBIO.)

ANICETO. *(Con interés, a Roquefort.)*—¿Qué? ¿Aceptaron?

ROQUEFORT.—Aceptaron.

ANICETO.—¿No se lo decía yo a usted? ¡Magnífico!

EUSEBIO.—Pero, Aniceto, por Dios, ¿qué te propones?

ANICETO.—Acabar con esos contumaces del regocijo. ¿Habrán traído ya las botas de montar que encargué?

ROQUEFORT.—Seguramente.

EUSEBIO.—¿Pero para qué quieres unas botas de montar?

ANICETO.—Para que las limpie Fedelio. Y nada de mate; brillo desde la rodilla al tacón. Va a sudar un poco. Bueno, ¿y de baúles, cómo andamos?

ROQUEFORT.—Se han encargado los más grandes y que los llenen de cosas pesadas: plomo, cemento...

ANICETO.—Muy bien. Ese vuelve a Madrid para que le operen de los riñones. Respecto a las señoras...

EUSEBIO.—¡Por Dios, Aniceto!

ANICETO.—No tengas cuidado. Con las señoras seré más piadoso; una ligera lección y nada más. Ahora que como comprenderás, entre señoras no cuento a Jacoba; ésa me paga el abandono en que me dejó, como me llamo Aniceto Perdigón.

ROQUEFORT.—Por lo pronto, tendrá que hacerse todas las camas.

ANICETO.—Es poco.

ROQUEFORT.—Y trasladar algunos colchones de un piso a otro.

ANICETO.—Es poco. Según he leído en un cartel que hay a la entrada, tienen ustedes una sucursal.

ROQUEFORT.—Sí, señor. Al otro extremo de la villa, en un alto que domina el mar.

ANICETO.—Pues allí, que lleve los colchones de aquí allí, y se traiga los de allí aquí.

ROQUEFORT.—¿Pero los trescientos sesenta y cinco?

ANICETO.—Los trescientos sesenta y cinco y las almohadas. Y conste que este castigo de los colchones me parece demasiado blando.

EUSEBIO.—Piensa que es tu mujer.

ANICETO.—Eso debió pensar ella el día que eché a su hermano a la calle: que era mi mujer; de manera que aunque yo no lo piense ahora, estamos en paz, y vámonos a nuestro cuarto, que hay que evitar que nos vean.

ROQUEFORT.—Yo también voy a seguir vigilando los servicios. *(Hacen mutis por el foro izquierda. Apenas lo han hecho, sale por el foro derecha* ANGEL, *vestido como ya se ha indicado y con una fuente lo más grande posible, exageradamente grande, llena de fiambres, huevo hilado, etc.)*

ANGEL. *(Saliendo.)*—Bueno, esta fuente es para que la sirva Uzcudum. ¡Qué atrocidad! Esto no debía servirse a mano; esto debía servirse en carretilla.

FUENCISLA. *(Saliendo también por la derecha con un servicio de te.)*—Sí, sí; en seguida.

ANGEL.—¿Dónde vas?

FUENCISLA.—Al número quince; a llevarle este te con pastas a unos recién casados.

ANGEL.—Pues llama antes de entrar, no les vayas a dar el te sin pastas. Yo también voy a servir esta fuente.

FUENCISLA.—¿Pero eso es una fuente?

ANGEL.—¿Una fuente? Esto es la presa de Santillana. *(Por la primera izquierda sale* FIDELIO *con la caja de betunero colgada al hombro y en las manos unas botas de montar inmensas.)*

FIDELIO. *(Indignado.)*—¡Vamos, que no! ¡Que esto es ponerme a la altura del betún!

FUENCISLA.—¿Qué te pasa?

FIDELIO.—Que mire usted lo que me han dao para debutar. Y que me ha dicho el conserje que las deje con un brillo que le lastime la vista.

FUENCISLA.—¿Que le lastime la vista?

ANGEL.—Como no le des con ellas en los ojos.

FIDELIO.—Esto no lo acabo yo en lo que queda de verano. *(Por la primera izquierda también, sale* JESÚS *cargado con un baúl grande.)*

JESÚS. *(Al verlos.)*—Esconderos, que nos conocen.

ANGEL.—¿Cómo?

JESÚS.—Que el dueño de este mundo es Pontejos, el médico, y viene ahí detrás.

ANGEL.—¡Mi madre!

FUENCISLA.—¡Mi tía!

(Todos, incluso Fidelio, corren por la primera derecha, ocultándose. PONTEJOS *sale por la primera izquierda y le dice a Jesús, que procura siempre estar de espaldas a él, tapándose con el baúl.)*

PONTEJOS.—Vamos, de prisa; sígame. Cuarto número veintitrés. Y aprenda a subir baúles. Ha estado usted a punto de caerse y estropearme el baúl, y este mundo es muy caro.

JESÚS.—Dígamelo usted a mí.

PONTEJOS.—¡Ah! Y tenga usted, para un puro.

JESÚS. *(Alargando la mano, pero sin volver la cara.)*—Muchas gracias. *(Hacen mutis los dos por el foro derecha.)*

ANGEL. *(Asomando la cabeza.)*—Ya parece que se ha ido. *(Sale.)*

FUENCISLA. *(Saliendo.)*—¡Qué coincidencia más desagradable!

FIDELIO.—¿Pero cómo se le habrá ocurrido venir aquí?

ANGEL.—Pues si le da porque le sirva la comida en el cuarto...

JESÚS. *(Saliendo por donde hizo mutis, ya sin el baúl.)*—¡Menos mal que era en el primer piso! *(A ellos.)* ¿Pero, hombre, habéis visto qué fatalidad? El primero que llega, un conocido.

FUENCISLA.—Ese es un caso raro que no se repetirá.

JESÚS.—Que no se repita, porque hay que ver el baulito que se ha traído.

ANGEL.—Bueno, lo interesante es la propina.

FIDELIO.—¿Qué le ha dado?

JESÚS.—¿A mí? Nada.

ANGEL.—¿Cómo nada? Si yo le he oído decir: "Toma, para un puro."

JESÚS.—Y me ha dao una pipa; pero de esas de cartón.

FUENCISLA.—Pues si son así todas las propinas, no volvemos nunca a Madrid. *(Por el foro izquierda se oye la voz de* ROQUEFORT, *que grita.)*

ROQUEFORT.—¡A ver el mozo de equipajes!

JESÚS.—¡Otro baulito! ¡Vaya, hombre!... Vaa... Perdonarme, pero la obligación es antes que la devoción. *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

ANGEL.—Sí, hombre, sí; anda, que yo también voy a ver si suelto esta fuente.

FIDELIO.—Y yo a ver si limpio esto, que me parece que no lo limpio.

FUENCISLA.—Yo creo que los recién casados no tendrán mucha prisa.

ANGEL.—A esos, cuanto menos se les moleste, mejor.

ROQUEFORT. *(Saliendo por la izquierda.)*...¡A ver, esa fuente de fiambres!

ANGEL.—Eso es a mí.

ROQUEFORT.—¿Qué le pasa a la fuente?

ANGEL.—Que está corriendo.

ROQUEFORT.—¿Cómo?

ANGEL.—Que está corriendo de un lado para otro.

ROQUEFORT.—Vamos, de prisa, que le están esperando.

ANGEL.—Voy. *(Se dirige al foro izquierda.)*

ROQUEFORT.—Y usted a servir ese te, y tú, ¿cuándo piensas acabar esas botas?

FIDELIO.—Ya veremos. Como soy joven.

ROQUEFORT.—¿Qué? ¿Sirvió usted eso?

ANGEL.—Servido.

ROQUEFORT.—¿Y han quedado contentos?

ANGEL.—Han quedado con ganas, porque han pedido otra fuente más grande.

ROQUEFORT.—Ah, pues a servirla inmediatamente. Pero rápido, rápido, que ya le darán una buena propina. *(Hace mutis por la izquierda. Angel se va a dirigir a la derecha y le corta el paso* JACOBA, *que sale con un colchón y una almohada.)*

JACOBA.—Oye, tú, ¿sabes dónde está la sucursal?

ANGEL.—Creo que al otro extremo de la villa, en lo alto de un monte... Unos cuatro kiómetros...

JACOBA.—¿Cuatro kilómetros? Pues esto lo va a llevar Rita. *(Tira el cochón y la almohada al suelo.)*

ANGEL.—¿Pero qué te pasa?

JACOBA.—Que me han mandao que traslade los colchones de esta casa a la sucursal y me traiga los de la sucursal aquí, y eso se lo mandan a Federico del Ríu y pué que les haga una rebaja, pero la hija de mi madre no trabaja más, pase lo que pase. *(Se sienta.)*

ANGEL.—Pues yo..., yo tengo este brazo de tenerlo así con la fuente...

JACOBA.—¿Pero te habrán dao propinas?

ANGEL.—Me han dao calambres, que no es lo mismo, y además, me han pedido otra fuente más grande, y, según les oí, iban a pedir más...

JACOBA.—¿Más fuentes?

ANGEL.—Estos tíos han debido irse a veranear a La Granja. *(Por el foro izquierda sale* MARINA *sacudiéndose las manos.)*

JACOBA.—¿Dónde vas?

MARINA.—A meter las manos en agua caliente, porque se me han hinchao las yemas.

ANGEL. *(Mirándolas.)*—Sí que las tienes que parecen de San Leandro.

MARINA.—¡Figúrate! Me han dado a copiar la guía de ferrocarriles y la quieren para esta noche.

JACOBA.—¡Qué atrocidad! ¿Y te falta mucho?

MARINA.—...Estoy en la frontera.

ANGEL.—No me lo harás bueno. *(Por el foro derecha sale* LUCÍA.)

LUCÍA.—Oiga usted, don Angel; no sirva usted esas fuentes de fiambres tan enormes, porque luego me las hacen fregar a mí.

ANGEL.—Y qué quieres, hija; en todas partes el jamón se pide por raciones, y aquí lo piden por cerdos. *(Por la primera izquierda vuelve a salir* JESÚS, *cargado con otro baúl más grande.)*

JESÚS. *(Saliendo, dejando caer el baúl y sentándose encima de él.)*—Oye, tú *(A Angel.)*, que yo me voy ahora mismo.

JACOBA.—Pero ¿por qué?

JESÚS.—Porque he oído decir que va a venir el Zoo Circus...

ANGEL.—¡Arrea!

JESÚS.—Y tú me has traído a veranear, pero no a entrenarme pa un concurso de mozos de cuerda.

ANGEL.—¡Veis qué desagradecido! ¡Quéjate todavía! ¡Has viajado! ¡Has salido de España! ¡Has visto el mundo de cerca!...

JESÚS.—¿Cómo de cerca? Encima.

ANGEL.—Tú lo que eres es un egoísta y un mal educado.

JESÚS.—Y tú no tienes principios.

ANGEL.—¿Que no tengo principios? Y no hago más que servir jamón.

JESÚS.—No te canses, que ya no me haces gracia.

ANGEL.—Eso no me lo dices tú en Irún.

JESÚS.—¡Qué más quisieras tú! *(Por el foro izquierda entra* ANICETO.)

ANICETO. *(Saliendo.)*—¡Camarero! *(Todos, al ver a Aniceto, dan un grito y salen huyendo. Viéndolos correr.)* Corren más que un contador de luz eléctrica.

EUSEBIO. *(Saliendo con* FUENCISLA.)—¿Han salido corriendo?

ANICETO.—Y lo que van a correr.

EUSEBIO.—No, Aniceto, no; cede en tu venganza, que, al fin y al cabo, de esta locura ha salido la mayor alegría para mí.

ANICETO.—¿La mayor alegría?

FUENCISLA.—Sí, tío Aniceto. Angel, sin proponérselo quiza, me ha hecho cambiar de opinión: me ha descubierto otro mundo.

ANICETO.—¿Otro mundo? ¡Pero ese sinvergüenza no respeta ni a Colón!

FUENCISLA.—Y me ha hecho cambiar de opinión sin darme yo cuenta, sin saber cómo.

EUSEBIO.—El hecho es que me ha devuelto una hija.

ANICETO.—Pero a mí me ha quitado mi mujer.

FUENCISLA.—Eso no, porque la tía Jacoba está deseando que la perdones.

ANICETO.—Pero es que yo no la perdono hasta que la crezca el pelo.

EUSEBIO.—Anda, llámalos, Fuencisla.

FUENCISLA. *(Llamando.)*—¡Tía Jacoba! ¡Angel! ¡Marina! ¡Jesús! ¡Lucía! ¡Venir todos!

ANGEL. *(Desde dentro.)*—Ahora no puedo. Voy a servir otra fuente de jamón.

FUENCISLA.—No es necesario: salgan, que el tío Aniceto perdona.

JACOBA. *(Saliendo seguida de todos.)*—¿Pero es verdad que nos hace esa gracia?

ANICETO.—Sí, Jacoba, sí; alguna os tenía que hacer. Me he contagiado de tu hermano.

ANGEL.—Pero esta gracia, querido Aniceto, tiene más gracia que todas las gracias mías, que han sido muchas.

ANICETO. *(Asintiendo.)*—Muchas gracias.

ANGEL.—No hay de qué.

ANICETO.—No tiene enmienda.

JACOBA.—¿Entonces volvemos a casa?

FUENCISLA.—Vuelven ustedes. Angel viene a vivir con nosotros a Segovia.

EUSEBIO.—¿Es tu gusto?

FUENCISLA.—Sí, padre. En ti van pesando los años; la hacienda necesita cuidado... Angel aún es joven.

EUSEBIO.—Sí que tienes razón; son muchos años levantándome con la primera luz del día, oyendo el esquileo del ganao que sale para el pastoreo; el canto de los labriegos que cultivan la tierra; luego, la siega, la recolección...

ANGEL. *(Aparte.)*—¡Qûé tío más bucólico! *(Alto.)* Si a ti te quitan todo eso te matan. Yo voy a Segovia, pero tú te sigues levantando temprano y yo acostándome tarde. Yo soy incapaz de quitarle a nadie sus costumbres.

ANICETO.—Sí, hombre, sí. Tú vas allí como has estado en casa: a comer la sopa boba; pero ten cuidado, porque

como se reuna con los trabajadores, se van a pasar el día mondándose de risa.

FUENCISLA.—¡Quién sabe! Puede que cambie.

ANICETO.—Y en cuanto a vosotras, en la tienda están vuestros sitios sin ocupar; no estando ése, supongo que habrá más seriedad.

MARINA y LUCÍA.—Sí. Sí, señor.

JACOBA.—Bueno, ¿y Jesús?

JESÚS.—De mí no se preocupen ustedes; yo ya tengo mi porvenir; me dejan en Madrid, en la estación del Norte, y no me faltará el cocido. *(Por la derecha sale* FIDELIO *con las botas de montar, una muy negra, con mucho brillo, y otra de color avellana muy subido.)*

FIDELIO.—Yo no sé si esto me costará salir del hotel.

JACOBA.—¿Pero qué has hecho?

FIDELIO.—Que no me ha alcanzao la crema de color más que pa esta, y a esta le he dao betún.

ANICETO.—¡Qué barbaridad!

ROQUEFORT. *(Saliendo con una factura que entregará a Aniceto.)*—Aquí tiene usted la cuenta.

ANICETO. *(Mirando el total.)*—¡Seis mil quinientos francos! ¡Qué atrocidad!

ANGEL.—No te apures, porque he pensado que se pague a medias.

ANICETO.—¿A medias?

ANGEL.—A medias entre tú y éste. *(Por Eusebio.)*

EUSEBIO.—Sí, hombre, sí; qué me importa, si ya tengo otra vez una hija.

JACOBA.—Y yo tengo un marido.

JESÚS.—Y yo tengo un oficio.

FIDELIO. *(Con la bota teñida en negro en la mano.)* ¿Y yo qué tengo?

ANGEL.—Tú tienes la negra. *(Todos ríen.)*

TELÓN



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo)





Rivadeneyra (S. A.). Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid